Revista de Estudios Taurinos
N.º 18, Sevilla, 2004, págs. 81-141

IMAGEN Y SIMBOLISMO DEL TORO EN LA HISPANIA CÉLTICA

Alberto J. Lorrio[1]
Juan Carlos Olivares Pedreño[2]



I. INTRODUCCIÓN



El toro fue un animal muy importante en el universo simbólico de todas las culturas antiguas. Conocemos numerosas representaciones de bóvidos en las culturas orientales, como las indoiranias, mesopotámicas, egipcias, anatólicas o egeas y también en las occidentales, tanto las mediterráneas (itálicas e ibéricas), como las del interior del continente europeo (Delgado, 1996).

Los celtas no fueron, por tanto, una excepción. El toro, sin duda debido a su virilidad y fuerza, tuvo una importante presencia en el imaginario céltico, como se confirma en variados y numerosos testimonios iconográficos y en los textos mitológicos de la Céltica insular. Su simbología aparece relacionada, con las artes decorativas, con divinidades y rituales religiosos y funera-

[1] Profesor titular de Prehistoria. Universidad de Alicante. alberto.lorio@ua.es

[2] Investigador de la Universidad de Alicante. Becario Postdoctoral de Historia de la Fundación Caja Madrid. jc.olivares@ua.es

rios, en los que asume características astrales, guerreras y ctónicas (Green, 1992: 51 ss.; Marco, 1978: 48-49).

A pesar del interés que suscita el estudio del toro en el territorio céltico de la Península Ibérica, apenas existían trabajos sobre el tema, pudiendo destacar en este sentido las aportaciones de J. M.ª Blázquez (1975: 62 ss.; 1983: 247 ss.), en las que el autor ha reunido los diversos tipos de evidencias sobre el asunto (fuentes literarias, iconografía y tradiciones populares). Se hacía necesario, pues, abordar un análisis que proporcionara un panorama completo sobre el tema, basado en la recopilación de la iconografía teriomorfa en la Hispania céltica y su contextualización en el ámbito céltico europeo[3].

II. El toro en la Europa céltica

La importancia del toro entre los celtas se refleja en el hecho de que varios pueblos célticos tomaron su nombre del animal, como los *Taurisci* (Reinach, 1908: 243) o los *Taurini* de la Galia Cisalpina. También conocemos diversos topónimos derivados del toro en Francia, como *Tarva* (Tarbes) o *Tarvanna* (Thérouanne), y en Inglaterra, como *Taruedum* o *Tarodunum* (Vries, 1963: 184).

Entre los textos mitológicos irlandeses, el toro se hace protagonista en el *Táin Bó Cuailnge* (*Robo del ganado de Cooley*), la más conocida epopeya del ciclo del Ulster, cuya primera copia escrita se produjo en los siglos VII-VIII d.C. Esta leyenda narra la guerra de los ejércitos del rey del Ulster, Conchobar, contra los de Ailill, rey de Connacht. La causa del enfrentamiento era que la esposa de éste poseía un gran toro blanco (*Finnbennach*) que era el orgullo de su reino, pero descubre que Conchobar posee un toro

[3] Queremos mostrar nuestro agradecimiento a Mª Dolóres Sánchez de Prado, por su colaboración en la realización de algunos dibujos, mapas y en el montaje de las figuras.

marrón (*Donn*) más poderoso. Ante la renuncia de éste a cedérselo, envía a sus guerreros a robarlo, lo que provoca la guerra, que vencerán los soldados del Ulster, capitaneados por *Cúchulainn*, héroe divino que guarda, en el mito, relaciones de parentesco con *Lug*. Finalmente, *Donn* mata a *Finnbennach* y vuelve al Ulster donde también muere. En cuanto al toro *Donn*, puede ser un reflejo el antropónimo galo-romano *Donnotaurus* (Evans, 1967: 84; Olmsted, 1994: 402). De modo más general, el carácter divino que se atribuye a los toros en el *Táin Bó Cuailnge* tiene también una clara correlación en antropónimos como *Deiotarus* (*toro divino*) (Vries, 1963: 184) o el del tirano mítico de los Galos, *Tauriscus* (Duval, 1989: 239). Otros antropónimos que podrían estar relacionados con el toro son recogidos por Evans (1967: 262).

La gran importancia del toro en el mundo de la Irlanda pagana y su carácter sagrado en determinados contextos no sólo queda reflejada en los mitos, sino que se patentizaba también en uno de los rituales políticos más relevantes: la ceremonia de elección de los nuevos reyes. Este rito, conocido como *Tarbhfhess* (*fiesta del toro o sueño del toro*), consistía en el sacrificio del animal, cuya carne era comida y sus jugos bebidos por un individuo. Posteriormente, cuatro druidas recitaban un conjuro sobre la persona y ésta, en sueños, tenía la visión del candidato destinado a la realeza (MacCana, 1983: 117). El toro se constituye así en un símbolo del poder del nuevo rey (Vries, 1963: 250).

Pero el toro aparece, además, en numerosas representaciones que muestran sus aspectos sobrenaturales y, en muchos casos, se vincula a deidades de diversos tipos. En este sentido, conocemos alrededor de cuarenta imágenes de toros con tres cuernos procedentes de la Galia y, en pocos casos, de Britania (Vries, 1963: 185 ss.). Los tres cuernos refuerzan los caracteres naturales del toro, su virilidad y fuerza pero, además, su sacralidad, en perfecto paralelo con el valor simbólico del triplismo en el munto céltico y con las deidades triples que aparecen testimoniadas en la iconografía y epi-

grafía, como las divinidades tricéfalas o las *Matres*, y en los mitos, como *Eriu*, *Fotla* y *Banba* o *Badb*, *Macha* y *Mórrigan* (Reinach, 1913: 160 ss.; Lambrechts, 1942: 33 ss. y 169-170). Algunos ejemplares de toros tricornes están claramente vinculados con dioses, como el hallado en Maiden Castle (Dorset), que lleva sobre su espalda tres divinidades femeninas (Green, 1992: 53; Lambrechts, 1942: fig. 39), el de Beire-le-Châtel que se asocia a la diosa *Ianuaria* y a una divinidad apolínea o la cabeza de toro representada en el cetro de Willingham Fen (Cambs), en el que acompaña a una imagen del dios del cielo con el águila y la rueda. También aparecen toros en el santuario curativo de las Fuentes del Sena, dedicado a la diosa *Sequana* (Green, 1992, 53).

En otros casos, el toro mismo parece representar a la divinidad, como en Trier, donde se dedicó al toro un pequeño templo que se utilizó durante los siglos I-IV d.C., en el que existía una estatua del animal de 72 cm de alto, situado sobre una base de 80 cm de largo decorada con relieves de peces. En el lateral izquierdo de la estatua hay una mujer vestida (Olmsted, 1994: 403).

Existen algunos testimonios procedentes de las regiones célticas del occidente europeo que permiten apuntar la asociación de deidades guerreras celtas asimiladas a Marte con el toro como animal simbólico. Además de los cascos de guerrero provistos de cuernos de toro hallados en Centroeuropa y las Islas Británicas, como el descubierto el río Támesis, en el puente de Waterloo (Londres), en el norte de Britania aparecen relieves en piedra que representan guerreros armados, provistos de cuernos de bóvido, que podrían representar a *Belatucadrus*, deidad indígena a la que se dedicaron 29 altares, cinco de los cuáles lo relacionaban con Marte (Webster, 1986: 74-75; Green, 1986: 113). Además, conocemos un epígrafe procedente de Marienthal (Alsacia), dedicado al dios *Medu* (*CIL XIII* 6017) que se representa con la imagen típica de Marte, con casco y lanza, cuya mano sujeta a un toro. No muy lejos del lugar donde apareció la inscripción citada se halló

una representación muy parecida (Esperandieu, Vol. II, 1918: n.º 5.560), sin inscripción, que incide en la misma asociación entre el animal y el dios. A *Medu* se hace referencia en otra inscripción como *Toutati Medurini* (*CIL VI* 31132), es decir, que se le llama *Toutatis*, que es una de las principales divinidades de los Celtas, interpretada como Marte en varias inscripciones (*CIL III* 5320; *CIL VII* 84). Finalmente, al propio dios Marte se le cita con el apelativo *Medocius* en una inscripción de Colchester (Essex) (Dessau, 1962: n.º 4.576). En algunas ocasiones, el dios guerrero con cuernos aparece desnudo remarcando su miembro viril (Ross, 1986: 127). En definitiva, es muy probable que el toro haya sido un animal representativo del Marte céltico o *Toutatis*, en sintonía con los testimonios que, como veremos, han sido hallados en Hispania.

A pesar de los datos expuestos, la simbología del toro en relación a divinidades célticas concretas no es del todo evidente y, en todo caso, abarca ámbitos de distinta naturaleza como se desprende de testimonios como la dedicación a *Taruos Trigaranos* (*El toro de las tres grullas*) del pilar de los nautas de París, de época de Tiberio (Reinach, 1908: 233 ss.), en el que se representa un toro de pie junto a unos árboles con tres aves ubicadas sobre su lomo, donde el toro podría ser una divinidad o, quizá, el protagonista de una escena mitológica que habría sido muy popular en su tiempo (MacCana, 1983: 29; Thévenot, 1968: 154). Esta escena se repite en un relieve procedente de Trier (MacCana, 1983: 33), aunque aquí las tres aves están sobre el árbol. Lo relevante del pilar de los nautas de París es que *Taruos Trigaranos* aparece con el mismo tratamiento que otras de las deidades galas y romanas que se representan en el monumento, formando parte del mismo bloque, en cuyas restantes caras se representa a Júpiter, Vulcano y *Esus*, todos ellos con la inscripción en la parte superior y la escena ocupando todo el centro del espacio.

La yuxtaposición de los tres elementos iconográficos, toro, aves y árbol representan, sin duda, un mito céltico muy

importante cuyo código desconocemos, en el que el toro no es un mero animal de sacrificio, sino el protagonista, cuyo carácter divino motiva su inclusión junto al resto de las divinidades del panteón galo-romano.

También son de difícil interpretación otros ejemplares en los que la imagen del toro aparece junto a divinidades célticas, como el toro que yace tumbado en el fondo del Caldero de Gundestrup (ver *infra* fig. n.º 35,3), en cuyas paredes aparecen representados varios dioses, aunque en este caso se puede interpretar como una víctima de sacrificio (MacCana, 1983: 122). Lo mismo podemos decir de los dos bóvidos que aparecen en el caldero de Rynkeby (Dinamarca) acompañando a una divinidad provista de torques (MacCana, 1983: 121).

Igualmente, aparecen toros junto a varias imágenes de *Cernunnos*, como en una placa lateral del caldero de Gundestrup (MacCana, 1983: 42-43). En el monumento de Saintes, el dios cornudo aparece con la pose búdica provisto de torques junto a una divinidad femenina. En su parte posterior, el dios se representa en la misma posición sobre un soporte en el que aparecen dos cabezas de toro. A su derecha, sobre otro soporte con el relieve de una cabeza de toro, hay un hombre desnudo (Lambrechts, 1942: 23, fig. 14). De Reims procede otro monumento en el que aparece *Cernunnos*, con torques y cuernos de ciervo, entre Apolo y Mercurio. De una bolsa que el dios tiene en las manos caen monedas hacia la base de la pieza, en la que hay relieves de un ciervo y un toro (Lambrechts, 1942: 24, fig. 10). Hemos de resaltar, no obstante, que el animal vinculado a esta divinidad es, casi siempre, el ciervo, ya que este dios se caracteriza por llevar las cuernas de este animal. El tipo de relación del toro con *Cernunnos* (*cornudo*) es, por tanto, difícil de calibrar.

La presencia del toro en la mitología y en la religión céltica está en consonancia con su importancia como animal de sacrificio. Un claro ejemplo lo tenemos en la descripción de Plinio el

Viejo sobre la ceremonia de la recolección del muérdago del roble realizada por los druidas, antes de su eliminación en época del emperador Tiberio: «preparan según los ritos al pie del árbol una ceremonia religiosa según la cual traen dos toros blancos cuyos cuernos son atados. Un sacerdote, vestido de blanco, sube al árbol y corta el muérdago con una hoz de oro y lo deposita sobre un sayo blanco. Entonces inmolan las víctimas» (Plin., *nat.*, XVI, 95, 250-251).

Conocemos también algunos altares votivos en los que se representaron toros en relieve, probablemente, como animales de sacrificio a divinidades célticas. En Risingham (Gran Bretaña), en un ara dedicada a *Mars Victor*, en la que el dios aparece con diseño tosco, con lanza y escudo, con apariencia indígena en su vestido y junto a Victoria, hay una cabeza de toro en la base del monumento (*CIL VII* 992; Collingwood y Wright, 1965: n.º 1221). En otro altar dedicado a *Mars Cicolluis* hallado en Windisch (Suiza) aparece un toro junto a otros toros más pequeños (Nesselhauf y Lieb, 1959: n.º 54) y en un ejemplar de Kreuzwald se representa un toro caído en una dedicación a Mercurio *Cissonius* (*CIL XIII* 4500).

Hemos de recordar en este punto tanto el toro sacrificado que yace en el fondo del Caldero de Gundestrup, como los tres toros representados en una de sus placas laterales, que caminan rodeados de cánidos, mientras tres individuos con espadas se disponen a sacrificarlos (ver *infra* fig. n.º 35,3). Esta imagen la ha interpretado Hatt como un momento clave del mito en el que la divinidad femenina céltica, metamorfoseada en tres grullas por acción de *Taranis* (el dios del cielo), recupera su estado a partir del sacrificio de los tres toros (Hatt, 1989: 96 ss.). Según este autor, esta mitología se reflejaría en rituales periódicos que marcarían el ciclo festivo anual.

Sea ésta la correcta interpretación o no, lo cierto es que el Caldero de Gundestrup describe con imágenes un complejo con-

junto de mitos, que sólo comenzamos a vislumbrar, en la que los toros, como símbolos de la divinidad y como animales de sacrificio, ocupan un lugar fundamental.

III. El toro en la Céltica hispana

El toro desempeñó un papel destacado en las culturas célticas de la Península Ibérica, tanto desde un punto de vista económico, como social o ritual, lo que confirman las relativamente frecuentes representaciones del bóvido en dicho ámbito (Fig. n.º 32).

El carácter pastoril de los pueblos célticos peninsulares es conocido por diversos tipos de evidencias (Morales y Liesau, 1995; Lorrio, 1997: 297; Liesau y Blasco, 1999; Torres, 2003: 153 ss.; etc), y así lo confirman las fuentes literarias (Blázquez, 1978: 50 ss.). De esta forma, la noticia de Diodoro (33, 16), según la cual las ciudades de Numancia y *Termes* debían entregar a los romanos, para obtener la paz en 140-139 a.C., además de 300 rehenes y todas las armas, 9.000 sacos hechos de lana de oveja, 3.000 pieles de buey y 800 caballos, vendría a probar la gran riqueza ganadera de los Celtíberos. La confirmación de tales referencias la tenemos, en el propio marco de la Celtiberia, en diversos análisis paleontológicos que atestiguan la existencia de una cabaña variada, en la que destacan los ovicápridos, estando también representados, en proporciones inferiores, los bóvidos, seguramente utilizados como animal de tiro, además de suidos y équidos (Lorrio, 1997: 297 ss.).

Si la importancia del bóvido en la economía céltica parece indiscutible, su presencia como ofrenda en algunas tumbas celtibéricas y vacceas, seguramente pertenecientes a personajes de un cierto rango, confirmaría asimismo su valor social (Ruiz-Gálvez, 1985-86: 93; Galán, 1989-90: 196).

La sacralidad del toro, atestiguada por la noticia de Diodoro, según la cual en Iberia las vacadas se consideraban

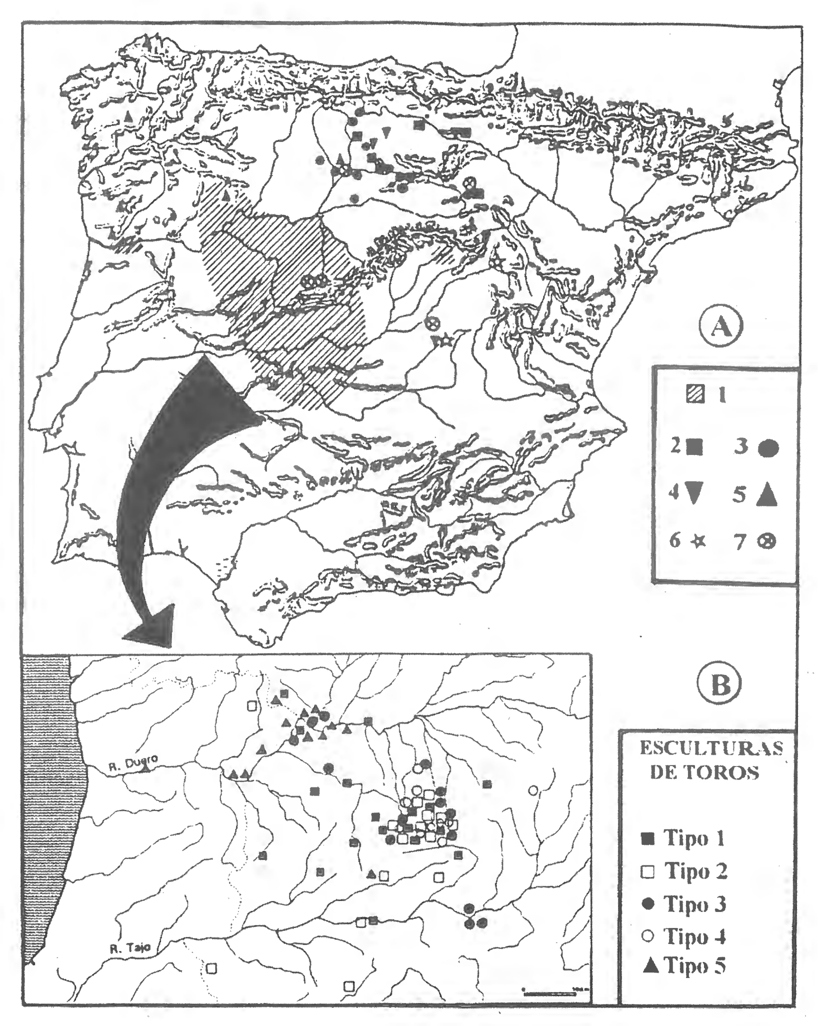


Fig. n.º 32.- A. *Representaciones de toros en la Hispania céltica*: *en piedra*: 1, *verracos*; *en metal*: 2, fíbulas; 3, *simpula*; 4, téseras de hospitalidad; 5, *bronces sacrificiales*; 6, otros; *en cerámica* (7). B. *Distribución geográfica de las esculturas de toros* (a partir de Álvarez-Sanchís, 1999).

sagradas (IV, 18, 3), encuentra su confirmación tanto en la iconografía como en la funcionalidad de algunos objetos procedentes del ámbito céltico peninsular. En este sentido, el sacrificio de animales debió constituir un hecho frecuente, como confirman las abundantes noticias, referidas, sobre todo, a los territorios más occidentales de la Hispania céltica (de Hoz, 1986: 46 ss.; García Quintela, 1992: 337 ss.), ofrecidas por las fuentes literarias (Estrabón III, 3, 6 y III, 3, 7), los documentos epigráficos, como las inscripciones del Cabeço das Fráguas y Marecos (*ver infra*), o los diversos hallazgos broncíneos, como el carrito de Vilela, o una serie de bronces con escenas sacrificiales, donde el bóvido ocupa una posición destacada (Blázquez, 1975: 62 ss.; Tovar, 1985: 247 s.; Silva, 1986: 294 s.; Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 424; Marco, 1993: 496).

III.1. *Iconografía*

Las representaciones de toros constituyen un fenómeno relativamente frecuente en la Hispania céltica, superándose en la actualidad los dos centenares de piezas, de las que cerca de 150 corresponden a las esculturas de toros conocidas como *verracos*. Tales manifestaciones ofrecen una variada funcionalidad y simbología, estando realizadas sobre diferentes tipos de soportes, criterio éste que hemos seguido para abordar su estudio (Fig. n.º 32), por considerarlo el más adecuado, como se ha comprobado al analizar otras manifestaciones iconografías de la cultura céltica peninsular, como las representaciones de la figura y la cabeza humana (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992 y 1993), o del jabalí (Cerdeño y Cabanes 1994).

En primer lugar se analizarán las figuraciones de toros en piedra, grupo relativamente heterogéneo, en el que cabe incluir las conocidas estatuas de *verracos*, una parte importante de las cuales representan toros; junto a ellas, un conjunto de estelas

funerarias, entre las que destacan las procedentes de Clunia, aras votivas y una escena sacrificial.

Las representaciones teriomorfas sobre metal constituyen un segundo grupo igualmente heterogéneo, pero de gran interés, integrado por algunas raras fíbulas zoomorfas, un nutrido conjunto de *simpula* con prótomos de toro, y otro más reducido de téseras de hospitalidad, una serie de piezas con escenas sacrificiales y, finalmente, alguna pieza exenta de difícil interpretación. Todos ellos están realizados en bronce, resultando significativa la ausencia de representaciones de toros en la orfebrería céltica peninsular.

Finalmente, analizaremos las representaciones de toros o, más habitualmente, de cabezas de toro, sobre soportes cerámicos, ya pintadas, ya en relieve, generalmente como apliques de vasos cerámicos; junto a ellos, alguna figura de cuerpo entero modelada. Se trata de un conjunto relativamente homogéneo, dada su procedencia conjunta, ya que en la gran mayoría de los casos fueron encontradas en la ciudad de Numancia.

III.1.1. *Representaciones de toros en piedra*

A) *Escultura en bulto redondo.* La escultura zoomorfa en piedra de cerdos y toros, los conocidos *verraco*s, es una de las representaciones de la plástica céltica peninsular más significativa, objeto de importantes estudios a lo largo del siglo XX, que han tenido su culminación en la sistematización realizada por J.R. Álvarez-Sanchís (1999: 215-294, con la bibliografía anterior), trabajo que, en líneas generales, hemos seguido en nuestra exposición. Su distribución geográfica ocupa buena parte de la Meseta occidental, extendiéndose por las provincias españolas de Ávila, Salamanca, Zamora, Cáceres, Toledo y Segovia y las comarcas portuguesas de Trás-os-Montes y Beira Alta, coincidiendo en gran medida con el territorio de los vettones. Se trata de esculturas talladas en bloques graníticos que reproducen figuras de toros y de

cerdos de cuerpo entero, representadas de pie, con una cierta simplicidad formal que se limita a diferenciar la especie, detallando las partes que determinan la anatomía del animal, como son la cara, el dorso, la papada, el sexo, el rabo y las extremidades, tratándose en todos los casos de ejemplares machos. Se conocen más de cuatro centenares de estos *verracos*, distribuidos prácticamen-



Fig. n.º 33.- *Los toros de Guisando* (Ávila) (Apud.: Álvarez Sánchís, 1999: portada).

te a partes iguales entre cerdos y toros, aunque en muchas ocasiones los restos conservados no permitan identificar la especie representada. Sus dimensiones varían desde menos de 1 m los más pequeños hasta superar los 2,5 m los mayores, entre los que se encuentran los Toros de Guisando (Fig. n.º 33). Álvarez-Sanchís ha individualizado cinco tipos por lo que a los toros se refiere, a partir de un centenar de ejemplares estudiados, que mantiene su correspondencia en gran medida con los tipos individualizados para los cerdos (1999: 231 ss., figs. 91-102). El tipo 1, de talla cuidada y grandes dimensiones, superior a los 2 m de longitud; el 2,

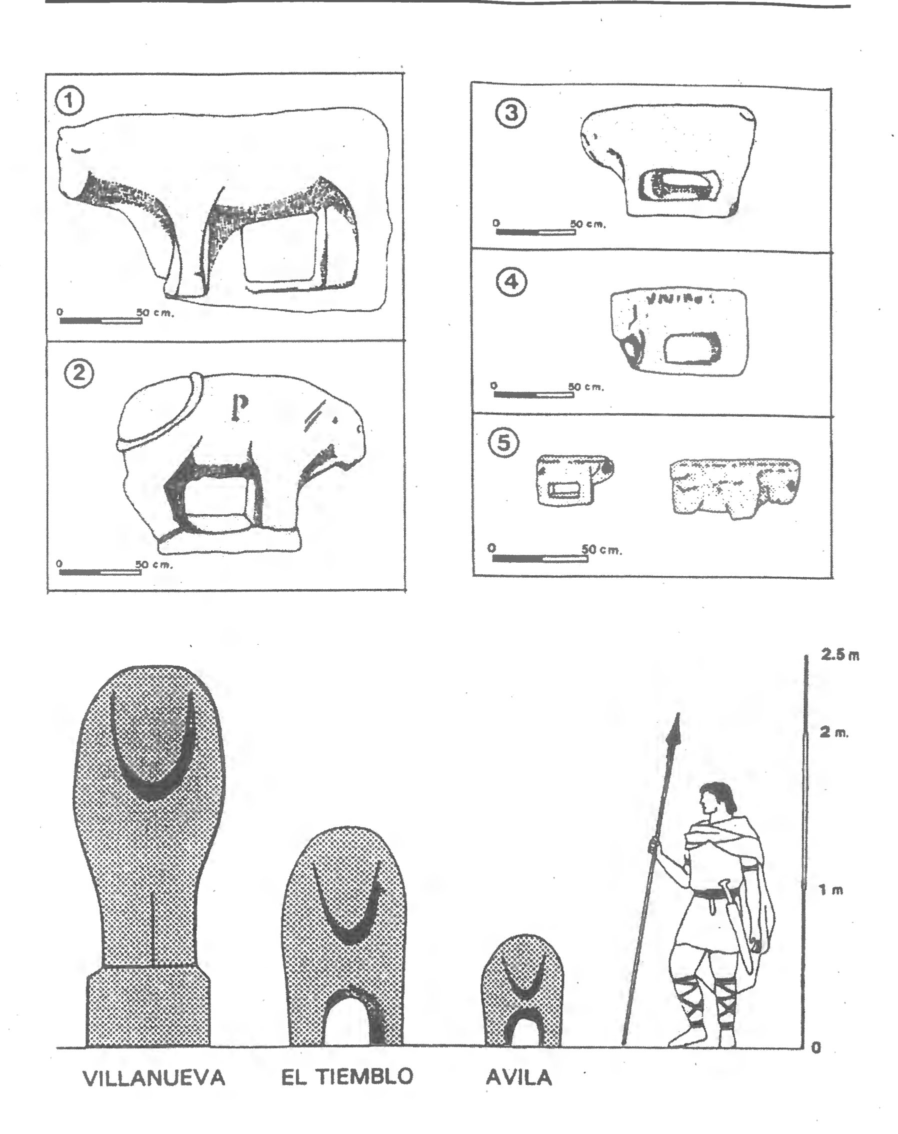


Fig. n.º 34.- *Tipología y tamaños comparativos de las esculturas de toros.* (Apud.: Álvarez-Sanchís, 1999: figs. n.º 115 y 127).

similar al anterior, aunque más pequeño, entre 1,50 y 2 m; el 3, con una mayor simplicidad en la ejecución y unas dimensiones menores, entre 0,90 y 1,50 m; el 4, caracterizado por su geometrización, presentando perfiles rectos con escasos rasgos anatómicos, y reducidas dimensiones, entre 0,80 y 1,35 m,; el 5, está formado por toros de pequeño tamaño, entre 0,30 y 0,70 m, sin apenas detalles anatómicos y una relativa variedad formal, presentando una gran homogeneidad en cuanto a su procedencia (Fig. n.º 34).

Sobre la dispersión y cronología parece claro que los tipos 1 y 2 corresponden a la II Edad del Hierro, fechándose entre los siglos IV-II a.C., con una dispersión centrada en los territorios abulense y salmantino, aunque se conozca algún ejemplar periférico; por su parte, el tipo 3 se relaciona con la presencia romana en el territorio, y ofrece una dispersión similar, aunque esté mejor representado en tierras zamoranas; ya de época imperial romana serían los tipos 4 –cuyos hallazgos se concentran en el abulense valle del Amblés y en el entorno de la capital provincial, con ejemplares ya de los siglos I-III d.C.– y finalmente, el tipo 5 –distribuidos por Zamora y el Noreste de Portugal, junto al Duero–, así como las cabezas exentas, también de toros y cerdos, exclusivas del Noroeste peninsular, realizadas con el objeto de ser embutidas en un muro. (Álvarez-Sanchís, 1999: 262 ss.) (ver *supra* fig. 32, B).

Por lo que a su funcionalidad se refiere (ver *supra:* 278 ss.; 2003: 56 ss.), la relación de algunas de las esculturas de *verraco* con los castros prerromanos, pudiéndose fechar, por tanto, entre el siglo IV y el I a.C., y, en concreto, con los recintos tradicionalmente interpretados como encerraderos de ganado, han permitido interpretar estas esculturas desde un punto de vista mágico o religioso, relacionándolas con la protección y la fertilidad de la ganadería, que constituía la fuente principal de riqueza de estos grupos; igualmente, la localización de algunas de estas esculturas junto a las entradas principales permite interpretarlas como protectoras de los poblados y los ganados. Dado

que apenas un 20% de los *verracos* se asocian con lugares de habitación se han planteado otras posibles interpretaciones, destacando la que considera estas esculturas como hitos o marcadores visuales en el paisaje, utilizados como indicadores de un recurso económico como son los pastos, esenciales para la subsistencia del ganado, base de la economía vettona. Esta propuesta, defendida por Álvarez-Sanchís (1999: 281 ss.; 2003: 59 s.), se basa en la correlación observada entre un importante número de esculturas alejadas de los núcleos de habitación y los prados o pastizales de mejor calidad, en cuyas proximidades se localizan, generalmente en lugares con buena intervisibilidad con los asentamientos; sus tamaños los convierten a menudo en referentes visuales, siendo un claro ejemplo el toro de Villanueva del Campillo (Ávila), de 2,50 m de longitud y 2,43 de altura.

Con la romanización, la simbología de estas esculturas cambió, documentándose ahora un uso funerario de estos monumentos, en número reducido, tal y como confirma su asociación a bloques prismáticos de piedra con una cavidad para las cenizas, como ha quedado confirmado en Martiherrero (Ávila) (Martín Valls y Pérez Herrero, 1976) o la presencia en algunos ejemplares de inscripciones funerarias, datadas ya con posterioridad al cambio de era, en ocasiones reutilizando esculturas anteriores, como en el caso de los Toros de Guisando.

B) *Estelas funerarias.* Destacan, sin duda, dos piezas discoidales procedentes de Clunia (Fig. n.º 35). Una, incompleta, reproduce un guerrero armado por un escudo circular y una espada o puñal enfrentado a un toro (Fig. n.º 35,2); sobre ellos una inscripción en alfabeto ibérico (Marco, 1978: 122, B13; Palol y Vilella, 1987: 17 s., n.º 1; Untermann, 1997: K.13.2). La otra, supuestamente hallada en Clunia, ofrece figuraciones en ambas caras (Fig. n.º 35,1): una, presenta un jinete armado con lanza y *caetra* rode-

ado de una serpiente, en la otra, un bóvido ocupa la posición central, presentando un posible lobo mordiéndole el lomo y sendos peces por debajo de la figura central, mordidos por otras tantas serpientes (Blázquez, 1977: 500, n.º 80; Marco, 1978: 121, B10; Palol y Vilella, 1987: 19 s., B; Salinas, 1994).

En el área de Lara de los Infantes hay una serie de estelas con imágenes de bóvidos. En la parte superior de la pieza de Hontoria de la Cantera (Burgos), se representan ruedas radiadas. Debajo de éstas se ven dos bóvidos y un pequeño ternero que son guiados por un pastor con cayado (Abásolo, 1974: 37, n.º 14; Marco, 1978: 122, B18). Para García y Bellido, se trataría de constatar la profesión del difunto (1949: 376). Se desconoce la procedencia exacta de otras tres estelas. En la primera se representa una vaca amamantando a un ternero (Abásolo, 1974: 111-112, n.º 150; Marco, 1978: 147, B148). En la segunda hay una cabeza de toro en posición frontal (Abásolo, *ibidem*: 111-112, n.º 151). La última presenta varios personajes. En una escena hay círculos dentados, dos jabalíes y un perro. En la segunda escena, se observa un banquete presidido por una figura sentada que sujeta una copa ante una mesa con tres vasos y ante un individuo de pie con un recipiente. A su izquierda, hay otro personaje con una vara, de espaldas. En la última escena, se representan dos bóvidos marchando, separados por una especie de árbol (Abásolo, 1974: 140-141, n.º 191; Marco, 1978: 136, B92).

Procedentes de la provincia de Soria conocemos también varias estelas decoradas con bóvidos. La primera procede de Vellosillo. En ella vemos tres círculos en la parte superior. En la parte inferior hay dos bóvidos afrontados con las cabezas giradas mirando al frente. La segunda procede de Yanguas y en ella se observa un toro de pie, inciso, en la parte inferior de la pieza (Marco, 1978: 172, S26). En El Collado (Soria), fueron halladas dos piezas. En la primera, se ve un toro en su parte inferior cuya cabeza se decora con un arpa. En la segunda, toro de perfil caminando. En la estela descubierta en Valloria, se representa una vaca

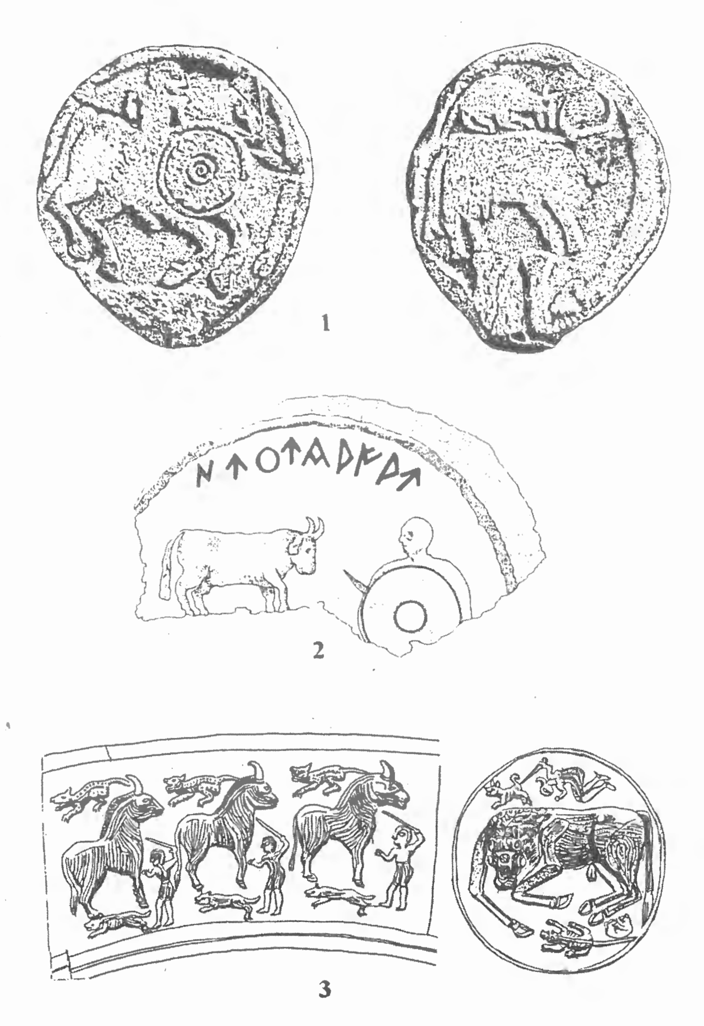


Fig. n.º 35.- *Estelas funerarias con representaciones de bóvidos de Clunia* (1-2). *Representaciones de toros en el Caldero de Gundestrup (Dinamarca)* (3) (Apud.: 1, Blázquez, 1977; n.º 80; 2, Palol y Vilella, 1987: 17, n.º 2; 3, Hatt, 1989: fig. 60).

amamantando a un ternero. Finalmente, en Vizmanos (Soria), se hallaron dos estelas: en la primera se observa la imagen de dos siluetas incisas que parecen ser cabezas humanas arriba de la inscripción. Debajo de la misma hay la figura de un toro de perfil. En la segunda, hay tres contornos de bustos incisos sobre la inscripción y dos toros afrontados y un jinete en su parte inferior.

Entre las estelas navarras conocemos varias que representan bóvidos. La de Gastiaín presenta decoración de racimos. En su parte superior, hay una figura femenina sedente en posición frontal, encuadrada en un arco semicircular, que se asienta sobre dos columnas. Hay también estrellas y páteras. En la parte inferior hay un toro de perfil, mirando al observador, entre dos árboles con hojas de hiedra. En el registro inferior hay una rueda que encierra una roseta, con esvásticas en los ángulos superiores y, debajo, dos ánforas (Marco, 1978: 192 N10). La estela de Ibero (Navarra), hoy desaparecida, contiene una caja de sepulcro que en la cubierta presenta un gran florón, dos cabezas de toro y dos hombres, de los cuales uno parece que lleva un caballo (Marco, 1978: 195, N24). En la de Oteiza de Solana (Navarra) se veía, en la parte superior, una cabeza de buey y una media luna (Marco, 1978: 197, N34). En la pieza de Iruñela, bajo tres personajes en posición frontal, enmarcado en un rectángulo, hay un toro del que se apuntan los testículos. En el registro inferior, hay una escena de caza, con un hombre con lanza que acomete a un jabalí, a su derecha, acosado por un perro. En la estela de Urbiola se ven tres figuras de pie cogidas por los hombros. Arriba hay dos lanzas y un elemento en zig-zag. Debajo de las figuras, en un rectángulo, las figuras de dos bóvidos o équidos (Marco, 1978: 198, N38).

También en la provincia de Álava se hallaron estelas decoradas con bóvidos. En la estela de Contrasta se observa, en la cabecera, una escena de varios personajes, uno de los cuáles lleva un bastón en la mano (Elorza, 1970: 245; Marco, 1978:

183, A16). Debajo de esta imagen, un disco radiado conteniendo una flor de hojas lanceoladas unidas por las puntas y unas páteras. En el centro de la pieza, vemos la figura de un bóvido caminando del que se conserva el cuerpo y los cuartos traseros. Alrededor de las escenas, decoración de pámpanos y racimos. De Laguardia procede una pieza en la que vemos una cabeza de bóvido con una roseta entre los cuernos (Marco, 1978: 186, A35). En la estela de Ocáriz, aunque está muy erosionada, se observa un bóvido caminando frente a un instrumento de labranza, que podría ser una pala o un mazo. Alrededor de la cartela hay decoración de pámpanos y racimos (Elorza, 1970: 245-246; Marco, 1978: 188, A46). Finalmente, en San Vicente de Munilla (La Rioja), se halló una estela en la que se ven dos toros parados.

Las estelas decoradas expuestas hasta aquí forman un gran grupo que tiene su núcleo en el área celtibérica. Pero conocemos otra zona donde también son características las imágenes de toros en las estelas funerarias. Es el área que se extiende en torno a Miranda do Douro, al suroeste del *conventus Asturum*, que contiene el grupo que se ha dado en llamar *estelas de tipo Picote* (Tranoy, 1981: 349 ss.). El monumento más usual comprende varias escenas en registros superpuestos: en la parte superior se representa una rueda de radios curvos; el registro central se reserva para la inscripción y debajo del campo epigráfico se esculpen motivos animales como toros, jabalíes, ciervos o cabras. Finalmente, el registro inferior se compone de una serie de arcos que podrían significar las puertas del mundo subterráneo (*ibidem, loc. cit.*).

La región donde aparece este tipo de monumentos ocupa la ribera norte del río Duero y el número de hallazgos desciende hacia el oeste de Portugal siendo ya testimonial en las cercanías de Bragança. Lo más característico es la decoración zoomorfa, con animales que podrían significar sacrificios hechos en honor del difunto (*ibidem*: 350).

C) *Aras votivas*. Las representaciones de toros en aras votivas dedicadas a deidades indígenas en Hispania no son muy numerosas, como tampoco lo son en el resto del occidente europeo. Es muy probable que la mayor parte de este tipo de testimonios haga referencia al animal ofrecido en sacrificio más que a un símbolo de la propia deidad o relacionado con ella. No obstante, también conocemos imágenes de animales en aras que funcionan como icono o atributo de la divinidad.

Algunos ejemplos hispanos se hallaron en la región lusitano-galaica. Un bóvido, quizá una vaca o un buey, fue representado en la parte posterior de un ara hallada cerca del castro de Monte Mozinho (Penafiel, Oporto), que fue dedicada a un *Lar Patrius*. Se trataría de una divinidad autóctona relacionada con la familia y los antepasados del dedicante (La Roux y Tranoy, 1974: 249 ss.). El nombre y filiación de éste, *Ladronus*, hijo de *Auitis*, deja pocas dudas de su carácter indígena. Otro altar en el que se representó un toro es el hallado en la ermita de Nuestra Señora de Tebas en Casas de Millán (Cáceres). El animal aparece de cuerpo entero y de pie en la parte superior del monumento justo encima del nombre de la divinidad, *Moricilus* (Beltrán, 1975-76: 78-79). Su oferente, *Cainalus Aderci filius*, es indígena. Otra representación de un toro aparece en un altar hallado en el castro de El Cocotín (S. Esteban del Toral, León) (Mangas y Vidal, 1987: 194-196). La inscripción se dedicó, probablemente, a *Cosus*, que era el dios indígena más venerado en la región de El Bierzo. Aquí aparece el animal con algunas connotaciones diferentes al resto de los testimonios citados, ya que se sitúa en un lateral de la pieza mientras que, en el lateral contrario, se representa un creciente lunar. Ello apunta una cierta equivalencia entre los dos símbolos, lo que nos induce a pensar que, más que un animal sacrificado, el toro podría ser aquí un icono de la deidad.

Otra representación de este tipo aparece en la región nororiental de Hispania. Así, en Ujué (Navarra), se representó una

cabeza de toro en la cara lateral de un ara ofrecida a *Lacubegis*, divinidad que conocemos sólo por este testimonio (Taracena y Vázquez de Parga, 1946: 465; Castillo y otros, 1981: 59-60). Sus dedicantes, quizá libertos, dedicaron otro altar a Júpiter (Castillo y otros, 1981: n.º 33).

Pero las aras más numerosas de esta región que representan bóvidos son las taurobólicas anepígrafas halladas en Navarra y el norte de Zaragoza, en las localidades de Artajona, Eslava, Sádaba, Sos del Rey Católico y Farasdués (Uranga, 1966: 223-231; Marco, 1978: 47 ss.; Canto, 1997: 31 ss.). En uno de los ejemplares de Sos del Rey Católico aparece un toro en el centro de la pieza y arriba de éste, entre sus cuernos, dos discos, uno de ellos radiado. En la parte inferior del ara aparece un individuo con útiles para realizar un sacrificio (Marco, 1978: 47, lám. 35). No obstante, esta es la pieza de más rica decoración, puesto que en la mayoría sólo se representa la cabeza del toro (Canto, 1997: 34, fig. 3).

Los testimonios de bóvidos en las inscripciones votivas en la Céltica hispana no son únicamente iconográficos, sino que también aparecen en las mismas algunas referencias textuales a los animales sacrificados a la divinidad. Los dos ejemplos conocidos proceden del área lusitano-galaica.

La primera de ellas es la que se halló en la capilla de Nossa Senhora do Desterro de Marecos (Peñafiel, Oporto) (Pinho, 1928: 124 ss.). En este lugar boscoso, probablemente sagrado desde la época antigua, en abril del año 147 d.C. se realizaron sendas ofrendas de animales a varias divinidades indígenas y romanas. A *Nabia Corona* se sacrificó una vaca y un buey. A *Nabia* (esta vez sin apelativos) un cordero. A Júpiter se ofreció un buey lechal y un cordero y a una divinidad de nombre desconocido (*...urgus*), otro cordero (Le Roux y Tranoy, 1974: 252; Le Roux, 1994: 561 ss.; Olivares, 2002: 76 ss. y 237 ss.).

El segundo testimonio sacrificial fue hallado en Cabeço das Fráguas, una elevación montañosa de Pousafoles (Sabugal,

Guarda). En él se dedican ovejas, un cerdo y un toro a divinidades lusitanas como *Trebaruna* y *Reue*[4]. Este múltiple sacrificio testimoniado en la citada inscripción grabada sobre la roca de la montaña muestra por sí sólo el carácter sagrado del lugar, confirmado por la aparición de más de una decena de aras anepígrafas en la base del monte.

D) *Escenas de sacrificio.* El testimonio en piedra más representativo de escena sacrificial de un toro es la placa de granito procedente de Frende, en el *concelho* de Baião, de 64 x 46 x 15 cm, en la que se representa un relieve de toro caminando hacia la derecha conducido por un individuo que lo sujeta por el cuello mientras un segundo personaje lo sujeta por la cola. Esta placa, de carácter indígena según Vasconcelos, pertenecería a un templo al que corresponderían también unos restos de friso hallados en la misma localidad (Vasconcelos, 1913: 482-484; Cardozo, 1985: 150, n.º 90).

III.1.2. *Representaciones de toros en metal.*

A) *Fíbulas.* Las fíbulas cuyos puentes presentan forma de toro constituyen un grupo bien individualizado (Fig. n.º 36) entre las fíbulas zoomorfas, cuyos tipos más abundantes son, no obstante, las de caballito, sobre todo, y las de jabalí. Se trata de piezas de bulto redondo realizadas en bronce, en las que el animal aparece en actitud reposada, en algunos casos con indicaciones anatómicas, como el rabo, el cuello o la testuz, como ocurre con un ejemplar de Numancia (Argente, 1994: 248, fig. 40, n.º 338).

---

[4] Existe una extensa bibliografía sobre esta inscripción. Un resumen de las principales interpretaciones está en Untermann (1997: 755 ss.) y Búa (1999: 321 ss.). Para estos dos autores, sólo se hace referencia a dos divinidades, *Trebaruna* y *Reue*. Según Prósper, se trataría de cinco (2002: 41 ss).

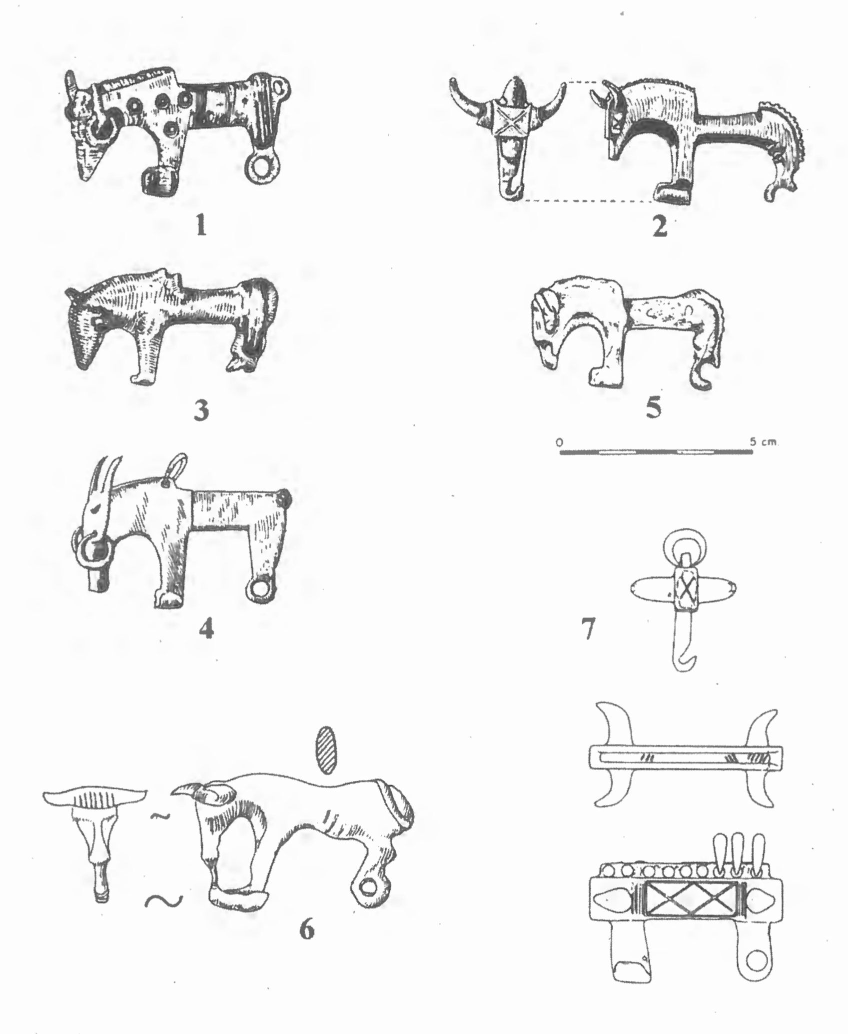


Fig. n.º 36.- *Fíbulas de toro*: 1-3, sin procedencia; 4, Revilla del Campo (Burgos); 5, Muza (Palencia); 6, Numancia; 7, Castrecías (Burgos) (Apud.: 1-6, Schüle, 1969: Taf. 164, 170 y 172; 7, Peralta, 2000: fig. 120).

En ocasiones aparecen decoradas con círculos concéntricos troquelados o pequeñas anillitas colgadas de diversas partes de sus cuerpos (orejas y lomo), lo que las asemeja con algunas variantes de los restantes ejemplares zoomorfos. Su dispersión se concentra hacia la Meseta Nororiental y el Alto Ebro, con hallazgos en las provincias de Palencia, Burgos, Soria y Navarra (Cabré 1916, lám I; Schüle, 1969: 244, mapa 46, láms. 164,14-15; 170:11 y 72,10-12; Labeaga, 1989: fig. 7, lám. II; Peralta, 2000: 120; Tesoros, 2002: n.º 36). Schüle (1969: 150 ss.) propuso una cronología para el tipo entre mediados del siglo VI e inicios del III a.C., aunque para Argente (1994: 94) puedan fecharse desde mediados del IV hasta alcanzar el II a.C. No obstante, la revisión de los ejemplares de jinete y de caballito por Almagro-Gorbea y Torres (1999: 233) ha permitido ajustar la cronología de estos modelos, con abundantes elementos comunes con los ejemplares de toro, entre el último cuarto del siglo III y el primer cuarto del I a.C.

B) *Simpula.* El hallazgo de *simpula*, o recipientes rituales de libación, resulta habitual en el territorio peninsular, pudiendo estar realizados en plata, bronce o, incluso, cerámica. Del conjunto, destacan, entre los denominados por Martín Valls (1990) como *simpula celtibéricos*, los que presentan una cabeza de toro en el extremo, sustituyendo a la de ánade propia de los recipientes helenísticos, en los cuales tal vez se inspirarían (Fig. n.º 37). Martín Valls (1990: 150 ss.) ha individualizado cuatro tipos de *simpula*, dos de los cuales presentarían cabezas o astas de toro en el extremo de sus asas acintadas. El tipo I (Fig. n.º 37, A) presenta asas rematadas por una cabeza de toro, esquemática en su representación, aunque claramente identificable, con astas en ocasiones emboladas. Son piezas independientes, unidas a la cinta del mango, a veces profusamente decoradas, mediante remaches. La mayor parte de estas piezas, denominados por Schüle (1969: 157) *mangos de tipo Paredes de Nava*, proceden de las provincias de

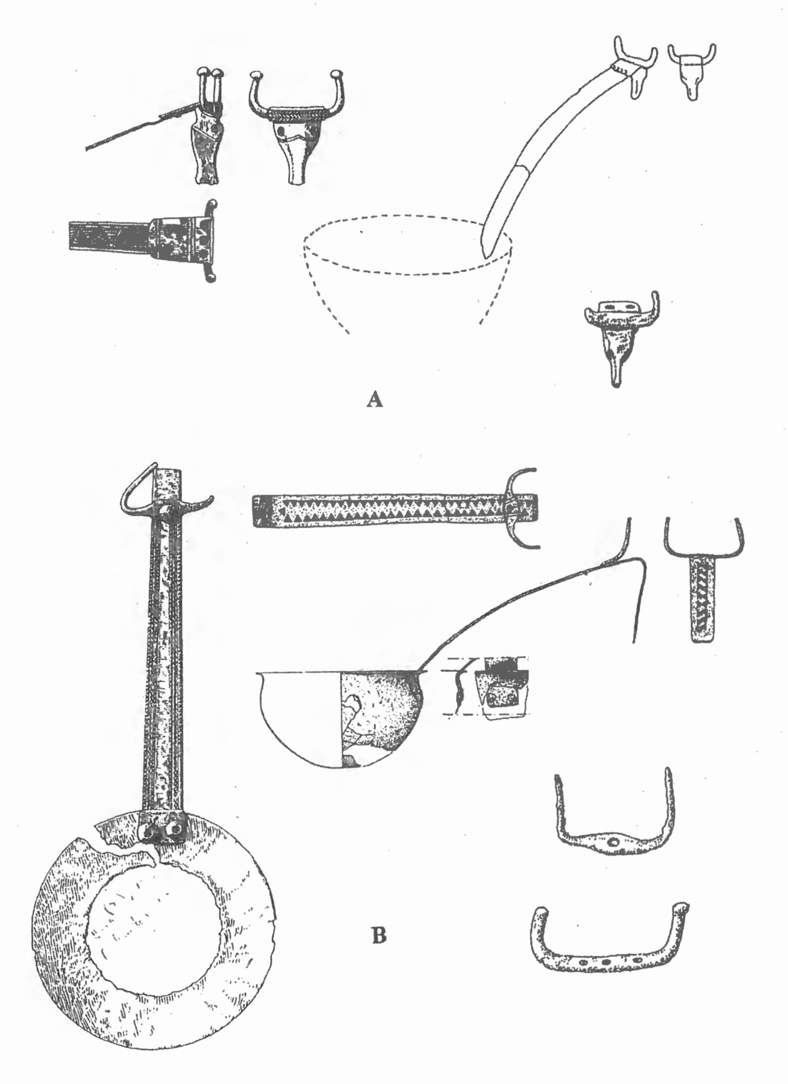


Fig. n.º 37.- *Simpula*. A, tipo *Paredes de Nava*; B, tipo *Palenzuela* (Apud.: Schüle, 1969: 156, 164 y 170 y Martín Valls, 1990: figs. 1 y 6). (A diferentes escalas).

Palencia, Burgos y Soria, aunque también se documente alguno en las de Santander y Álava, configurando un grupo bien delimitado geográficamente en torno a las cuencas altas del Duero y el Ebro, con hallazgos en Palencia, Paredes de Nava (9), Monte Bernorio, Salas de los Infantes, Alto de Yecla, Sasamón, Numancia (4) o Iulobriga (Retortillo)[5]. A ellos cabe añadir, un ejemplar soriano perteneciente a la Colección Eduardo Saavedra de la R.A.H., procedente de la vía de *Uxama* a *Augustobriga,* (Almagro-Gorbea, en prensa: n.º 677) y otro, sin procedencia, perteneciente a una colección particular (Tesoros, 2002: n.º 46).

Un segundo modelo de mango (Fig. n.º 37,B), es el denominado por Martín Valls (1990: 153) como de *tipo Palenzuela*, dada su abundancia en esta necrópolis palentina. En este modelo, el mango, acintado, incorpora unas astas de bóvido a veces emboladas, remachadas al mismo inmediatamente antes de que el extremo del mango se doble hacia fuera en su extremo, lo que proporciona la impresión de una cabeza estilizada. Presenta una dispersión similar a la del tipo anterior, con hallazgos en Palenzuela (5), Monte Bernorio, Clunia, Quintanilla de las Viñas y Numancia (3).

Se trata de un conjunto de hallazgos procedentes de contextos tanto funerarios como habitacionales –incluso, urbanos–, cuya cronología no siempre es fácil de determinar, sobre todo por lo que se refiere a sus orígenes. Con todo, el conjunto de Palenzuela permite plantear para el tipo II cronologías de época sertoriana o inmediatamente anteriores, mientras que la sepultura de la necrópolis palentina de Eras del Bosque se fecharía en el primer cuarto del siglo I d.C., fecha que cabe relacionar, de

[5] Martín Valls (1990: 150) incluye unos ejemplares de La Hoya (Laguardia, Álava), aunque al carecer de remate en forma de toro no serían adscribibles a este tipo (Del Amo 1992: 202). Sí, en cambio, cabría incluir un fragmento de mango, similar en forma y decoración al ejemplar palentino de Eras del Bosque, adscribible al tipo I, procedente de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Sanz 1997: 410, n.º 844).

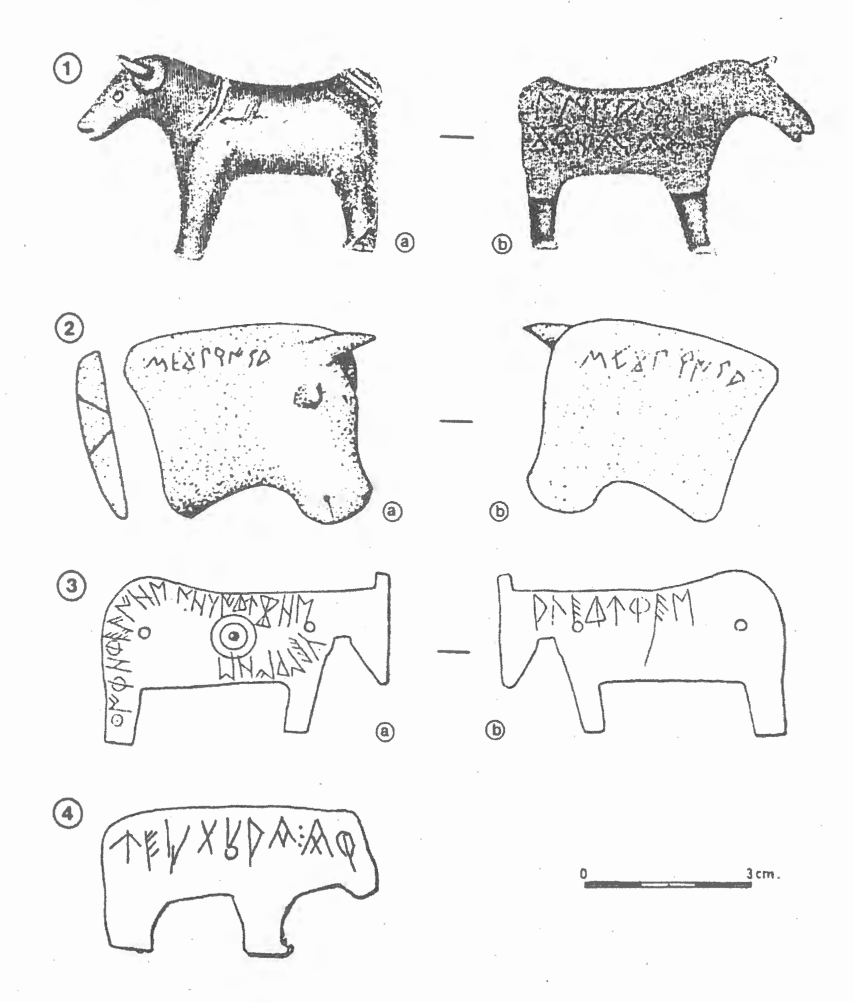


Fig. n.º 38.- *Téseras de hospitalidad*: 1, *Contrebia Carbica* (Cuenca); 2, sin procedencia; 3, Sasamón (Burgos); 4, *Arcobriga* (Zaragoza) (Apud.: Lorrio 1997: fig. 137, según diversos autores).

acuerdo con M. del Amo (1992: 202), con la última etapa de utilización de los *simpula* del tipo I.

C) *Téseras de hospitalidad.* Dentro de la variada tipología que presentan las téseras de hospitalidad celtibéricas, la representación de toros está bien documentada (Fig. n.º 38). Como es sabido, existirían dos piezas similares, que quedarían en posesión de cada uno de los participantes en el pacto, pudiéndose fechar hacia los siglos II-I a.C. Se conocen cinco téseras en forma de toro, una procedente, al parecer, de *Contrebia Carbica* (Cuenca) (Fig. n.º 38,1), otra, similar a la anterior, no tiene procedencia, mientras que las restantes, cuya identificación como toros no siempre es segura, fueron halladas en Monreal de Ariza (Zaragoza) (Fig. n.º 38,4), Sasamón (Burgos) (Fig. n.º 38,3) y La Custodia de Viana (Navarra) (Untermann, 1997: K.0.5, K.7.2., K.14.1, K.18.2; Almagro-Gorbea, 2003: 377 s., n.º CT-23A). Junto a ellas, dos ejemplares en forma de prótomo de toro, uno de Ubierna (Burgos) (Castellano y Gimeno, 1999: 359 ss., fig. 1) y otro, de procedencia desconocida (Untermann, 1997: K.0.3) (Fig. n.º 38,2).

Para Almagro-Gorbea (en prensa: n.º 604) es posible que la forma de toro pudiera relacionarse con el animal utilizado en el sacrificio para hacer el pacto, pudiendo haber servido la piel del animal como constatación del mismo antes de que se impusiera el uso de téseras de bronce.

D) *Escenas de sacrificio.* Se trata de un conjunto de piezas de bronce caracterizadas por incorporar figuras y prótomos zoomorfos, figuras humanas, calderos, torques o hachas, formando a menudo composiciones que cabe relacionar con prácticas de sacrificio (Fig. n.º 39). El conjunto, recientemente estudiado por X.L. Armada y O. García (2003), está integrado por seis piezas, cuya procedencia no siempre resulta segura, pudiéndose defender para todas ellas un posible origen común en el cuadrante noroccidetal de la Península Ibérica, como confirma la procedencia de algunas

de las piezas en Celorico do Basto (Portugal) (Fig. n.º 39,1), Lalín (Pontevedra) y Cariño (A Coruña). En todas las piezas el toro ocupa un papel destacado, aunque claramente disociado de los animales que cabe interpretar como dispuestos para el sacrificio. Efectivamente, en la mayor parte de los casos –Celorico do Basto,

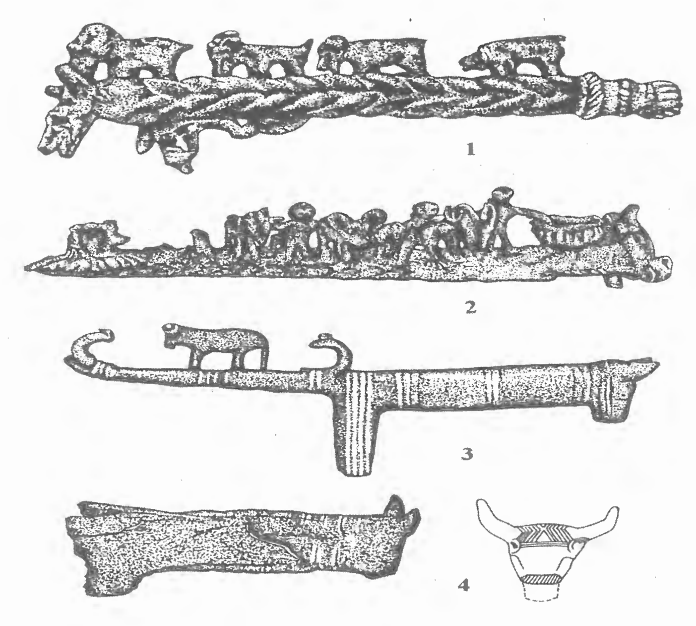


Fig. n.º 39.- *Bronces con escenas de sacrificio.* Según X. L. Armada y García (2003): 1. Celórico de Basto (Portugal); 2. Instituto de Valencia de D. Juan. Según Blanco (1957): 3. Palencia; 4. Procedencia desconocida. (A diferentes escalas).

Instituto Valencia de Don Juan (Fig. n.º 39,2), Museo Arqueológico Nacional I y II y Cariño– las piezas que forman el cuerpo central aparecen rematadas por una cabeza de toro. En general, dichos elementos sirven de soporte a la escena principal, en que se integran diversos tipos de zoomorfos (carneros, cabras,

jabalíes o cerdos, así como algún otro de más difícil identificación), junto a los sacrificadores, calderos y torques; un caso diferente parece ser el ejemplar de Cariño, que cabe interpretar como un hacha ritual. Tan sólo la pieza del M.A.N. II incorpora una figurilla de toro, en este caso junto con un caldero, un torques y un hacha, rematando el cuerpo central un prótomo de carnero, también presente en la pieza del M.A.N. I.

En relación con estas piezas cabe mencionar otras con evidentes semejanzas con las descritas. Por un lado, cabe referirse al carro de bronce de Monte da Costa Figueira (Vilela, Portugal), compuesto de una barra con cuatro ruedas, con dos yuntas de bóvidos –bueyes– tirando en sentido opuesto, según la reconstrucción actual, y 14 figuras humanas formando parejas (Fig. n.º 40): 4 serían los conductores, colocados encima de los ejes de las ruedas, 2 serían sacerdotes representados junto a un animal, seguramente una oveja, que sería la víctima del sacrificio, mientras las restantes figuras –4 guerreros y 4 mujeres– formarían la procesión sacrificial. Silva (1986: 183, 208, lám. XCVII), para quien la pieza se fecharía entre los siglos IV-III a.C., ha propuesto una reconstrucción diferente, más lógica, situando juntas las dos yuntas de bueyes, y orientando las figuras en una misma dirección –en la anterior propuesta los oficiantes y la víctima presentaban una diferente orientación–. Las semejanzas de esta pieza con los bronces de Celorico do Basto, I.V.D.J. o M.A.N. I es evidente, al incorporar figuras de animales, seguramente víctimas sacrificiales, y de oficiantes, jugando el toro –o el buey– un papel relevante en todos ellos, ya que si en el carro de Vilela la escena procesional se desarrolla sobre un carro tirado por bueyes, en los citados bronces las escenas tienen lugar sobre soportes rematados en prótomos de toro, soportes que, en los bronces del M.A.N. I y II, incluso, representarían el cuerpo del animal, lo que ha sido interpretado por Blázquez (1978: 62) como «la divinidad animal a la que se ofrece el sacrificio representada como altar».

Cabe mencionar, igualmente, sendas piezas estudiadas por Blanco (1957: 508 ss., lám. V), una de Palencia (ver *supra* fig. n.º 39,3) y la otra de procedencia desconocida (ver *supra* fig. n.º 39,4), interpretadas como mangos de cuchillo y que aparecen rematadas por un prótomo de toro, incorporando, además, una de ellas, una figura de toro sobre el dorso de la pieza.

Con estas piezas suele relacionarse la figura de guerrero procedente de Sanchorreja (Salamanca) (Maluquer 1952),



Fig. n.º 40.- *Carro de bronce de Monte da Costa Figueira* (Vilela, Portugal).

o, incluso (ver Armada y García, 2003: 71), una figurita zoomorfa, posiblemente un bóvido, procedente del Castro de la Mazada (Zamora), interpretado por Esparza y Larrazábal (2000: 452, lám. III, 10) como un posible remate del mango de un asador, lo que complementaría el elenco de objetos de uso ritual con los que se relaciona la figura del toro.

E) *Varios.* En este grupo incluimos algunos hallazgos broncíneos que, hasta el momento, constituyen piezas únicas, como una posible lanza de carro rematada con un doble prótomo de caballo y toro (Fig. n.º 41, arriba), procedente del castro

celtibérico de Las Arribillas (Guadalajara), posiblemente del siglo I a.C. (Galán 1989-90: 178 ss., fig. 2), así como una serie de piezas exentas, cuya falta de contexto dificulta su interpretación, entre las que incluimos un ejemplar de la Real Academia de la Historia (Almagro-Gorbea en prensa: n.º 700) y una pieza, inédita, del Museo de Cuenca procedente del *oppidum* de Contrebia Cárbica, piezas para las que cabe defender cronologías no alejadas del cambio de Era (Fig. n.º 41, abajo).

III.1.3. *Representaciones de toros en cerámica.*

A) *Vasijas con decoración pintada.* Entre las representaciones pintadas, cabe destacar el conjunto de cerámicas polícromas y monocromas procedentes de Numancia, para las que cabe defender un claro contenido simbólico, pudiéndose fechar, en general, en los siglos II-I a.C.

Frente a las frecuentes representaciones de peces, aves y caballos, la figura del toro está escasamente representada en las cerámicas polícromas (Romero, 1976: 149). Los casos conocidos se reducen a un vaso de asa diametral decorado con un doble pez y con caballo con una larga cola, rematada en lo que parece ser la cabeza de un bóvido (Romero, 1976: 22 s., fig. 6,22) (Fig. n.º 42,1). Igualmente interesante es una jarra que reproduce una cabeza de toro de frente, de cuyos cuernos penden unas cintas (Wattenberg, 1963: lám. XV, 1291; Romero, 1976: 31, fig. 15, 67), que para Romero (1992: 17) cabría interpretar como las ínfulas, símbolo de contenido religioso que para este autor relacionaría la representación *con la divinidad o con un ritual de sacrificio de consagración*, proponiendo una fecha tardorrepublicana para el ejemplar, aunque no se descartan otras posibles interpretaciones (Fig. n.º 42,2). Otra pieza de gran interés es la que reproduce dos figuras masculinas con cuernos enfundados en los brazos realizando una danza (Wattenberg, 1963: lám. XX,1324; Romero, 1976: 23, fig. 6,23) (Fig. n.º 42,3), posiblemente relacionada con

el culto al toro (Romero, 1976: 147; *Ibidem* 1992: 17). Reminiscencias de tales cultos se han querido ver en algunas celebraciones del Alto Duero, como *La Barrosa* de Abejar (Soria), una

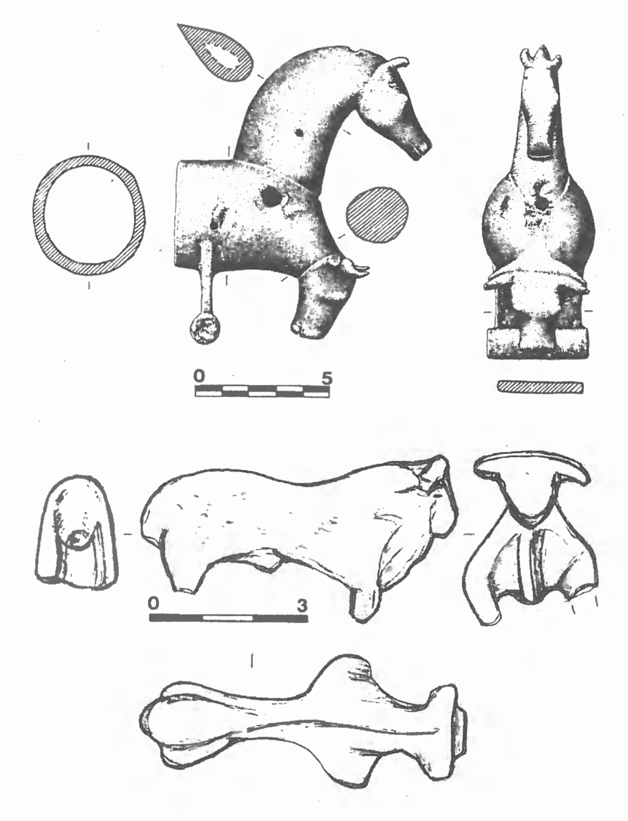


Fig. n.º 41.- Arriba: *Pieza de carro rematada con un doble prótomo de caballo y toro de Las Arribillas* (Guadalajara) (Apud: Galán, 1989-90: fig. 2). Abajo: *Toro de Contrebia Carbica* (Cuenca).

mascarada celebrada en tiempo de carnaval en la que un personaje viste un armazón que representa a un toro (Caro Baroja, 1946: 360; Romero, 1992: 17).



Fig. n.º 42.- *Cerámicas polícromas numantinas* con representaciones de toros procedente de Numancia (Soria) según Romero, (1976): figs. 6 y 15, n.º 67: 1. Vaso de asa diametrado. 2. Jarra en forma de cabeza de toro con cinta en los cuernos. 3. Seres humanos danzando con cuernos enfundados en los brazos.

Entre las producciones monocromas destaca, sin duda, el conocido como *vaso de los toros* (Figs. n.os 43 y 44,1), un gran recipiente de barro rojo abrillantado, decorado con dos toros en negro, figurados de perfil, aunque uno de ellos presente la cabe-



Fig. n.º 43.- *Detalle del vaso de los toros* (Apud.: Almagro-Gorbea 1991, foto Palazzo Grassi).

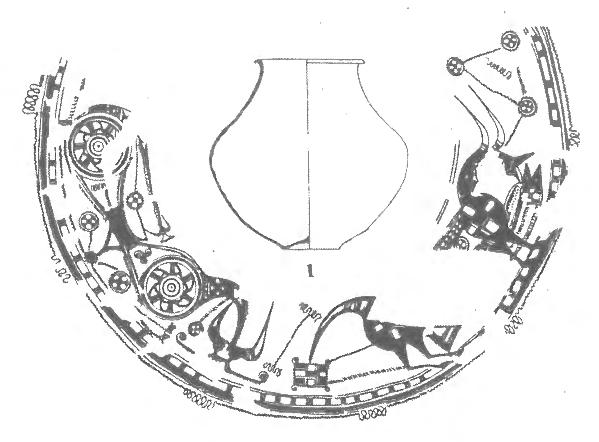


Fig. n.º 44,1.- *Representaciones de toros en Numancia.* 1, *Vaso de los toros.*

za de frente, ofreciendo la cola rematada en un prótomo zoomorfo, posiblemente de toro (Wattenberg,1963: lám. XX,1324). Bajo una de las figuras aparece un doble pez y en el interior de sus cuerpos o rodeando las figuras, diferentes motivos astrales.

B) *Vasijas con decoración de prótomos en relieve y figuras modeladas.* Se trata de un conjunto de 3 piezas procedentes de Numancia que reproducen cabezas de toro muy simples

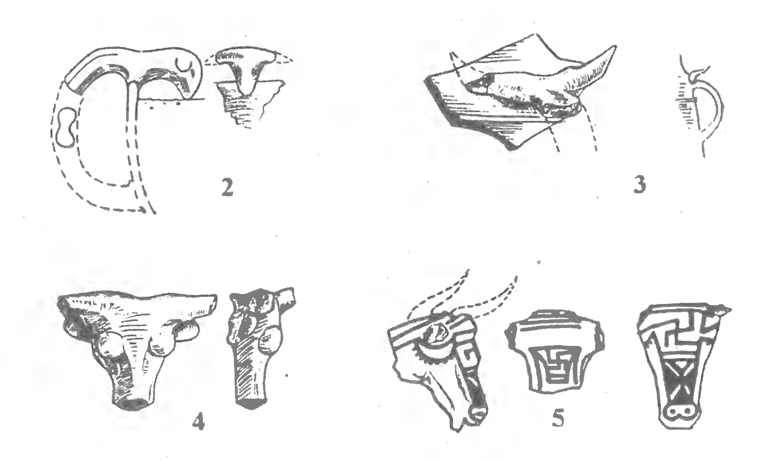


Fig. n.º 44,2-5.- *Representaciones de toros en Numancia.* Prótomos de toro aplicados (Apud.: Wattenberg, 1963: tabla XVII y lám. XX). (A diferentes escalas).

(Wattenberg, 1963: 42). En la primera (Fig. n.º 44,2), un prótomo de toro remata un asa dentro del vaso (Wattenberg, 1963: tab. XVII,453), otra (Fig. n.º 44,3), incorpora unas astas de bóvido en la zona del arranque del asa (Wattenberg, 1963: tab. XVII, 466), y la tercera (Fig. n.º 44,4), con mayor detalle, debió igualmente estar aplicada a un vaso.

Junto a estas piezas, cabe referirse a una cabeza modelada de barro rojo amarillento, con decoración pintada con esvásticas y motivos geométricos (Wattenberg, 1963: tab. XVII, 452), fracturada a la altura del cuello (Fig. n.º 44,5), lo que dificulta su interpretación, aunque para Wattenberg (1963: 42) se trataría posiblemente de una fusayola. Finalmente, cabe mencionar dos vasos zoomorfos en forma de toro (Fig. n.º 45) procedentes de Numancia (Wattenberg, 1963: lám. fot. 7; Jimeno y Fernández 1990: 166, n.º 180).

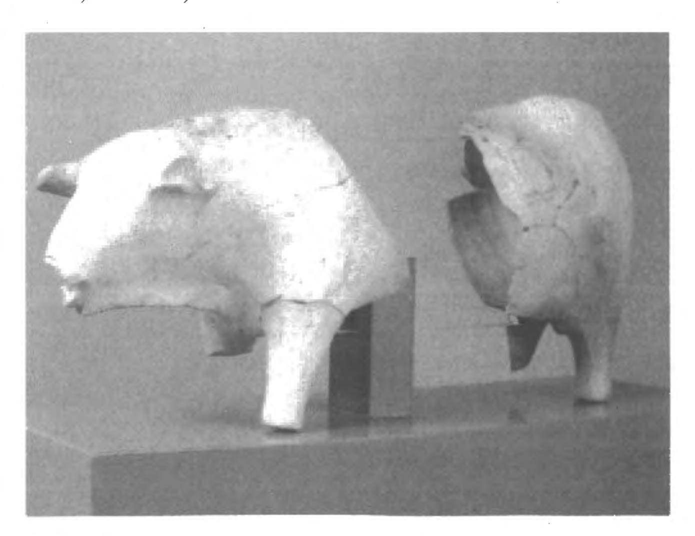


Fig. n.º 45.- *Vaso zoomorfo de Numancia.* (Apud.: Jimeno y Fernández, 1990: fig. 180).

Las piezas descritas constituyen, en palabras de Wattenberg (1963: 42) la «verdadera *plástica escultórica* de Numancia», que se completa con algunas cabezas humanas aplicadas, una figura femenina exenta, pies votivos, algunos rematados por prótomos de caballo, también presentes en los remates de asas y bocas de vasijas, figuras de caballos y jinete o algún

vaso zoomorfo en forma de jabalí. Cronológicamente, el conjunto puede fecharse con posterioridad a la destrucción de la ciudad el 133 a.C., seguramente a lo largo del siglo I a.C.

Por su parte, Barril (1990: 331, fig, 3, foto 2) ha destacado la forma de cabeza de toro esquemática que presentan los pies de un *kernos* procedente, posiblemente, de la necrópolis de las Eras del Bosque de la ciudad de Palencia, señalando la similitud de su contorno con los apliques de una copa con anillas del Museo de esa provincia (Lión, 1987: 18, n.º 3) e, incluso, con los apliques de *simpula* de Paredes de Nava (ver supra pág. 104), proponiendo una cronología de la primera mitad del siglo I d.C.

Igualmente, del castro vettón de Las Cogotas (Ávila) proceden una cabeza de posible bóvido sobre un asa así como otro ejemplar incompleto, quizás una pieza exenta (Alonso y Benito 1991-1992: 531 ss., figs. 6 y 7), que vendrían a sumarse a otra pieza, también incompleta, del castro abulense de Chamartín de la Sierra (Cabré y otros 1950: 35, fig. 6,42).

Finalmente, de Huete (Cuenca) procede una cabeza de toro perteneciente posiblemente a una vasija, ya que presenta una perforación en la boca para el vertido de líquidos (Osuna 1975: lám. XII).

El fuerte contenido simbólico que reflejan las representaciones de toros en la cerámica pintada numantina quizás pudiera hacerse extensible a las cabezas aplicadas a vasos cerámicos, sobre todo por la presencia entre tales representaciones de cabezas humanas (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992: 428 ss.; Lorrio 1997: fig. 105), algunas de ellas formando parte de complejas decoraciones, en las que se asocian con aves, como las documentadas en un conjunto de piezas procedentes de Uxama (García Merino 1992), entre las que destaca un ejemplar hallado en una de las necrópolis de la ciudad (Lorrio 1997: 243 ss., fig. 105), sin que, por otra parte, podamos obviar por completo su carácter ornamental. Diferente podría ser el caso de las figu-

ras zoomorfas exentas, de las que se conocen un buen número de piezas en el área ibérica y en la Meseta Norte (Galán 1989-90: 183; Alonso y Benito 1991-1992: fig. 8). A menudo interpretadas como exvotos (Taracena 1925), su reiterada presencia en ambientes domésticos, en ocasiones relacionadas con objetos que nos remiten al mundo infantil, permitiría la interpretación de algunas de estas piezas como *juguetes* (Wattenberg 1963: 42; Galán 1989-90: 189; Alonso y Benito 1991-1992: 534 s.).

III.1.4. *Divinidades relacionadas con el toro.*

El toro aparece vinculado a divinidades indígenas hispanas no sólo como animal sacrificado sino que, como avanzamos arriba, también se representa como símbolo de la divinidad o acompañando a ésta. En estos casos, el dios al que se asocia suele ser Marte. Dado que no es este animal un icono representativo del Marte romano, algunos investigadores lo han interpretado como una divinidad céltica con caracteres funcionales relacionados con la guerra. Los escasos datos existentes apuntan en esta dirección.

El primer testimonio es la estatuilla de bronce del conocido como *Marte de los Pirineos*, que obedece a la tipología de *Mars Ultor* y aparece con su panoplia militar, con un toro sobre la coraza y un casco con tres cuernos de bóvido (Blázquez, 1970: 367; *ibidem*, 1975: 67-69; Marco, 1994: 326).

Otra vinculación entre el animal y el dios romano se evidencia en la pátera de plata aparecida en Maia (Santo Tirso, Oporto), en la que aparece Marte con indumentaria militar, lanza y escudo, donde se observa un relieve de bóvido (Blázquez, 1962: 124) (Fig. n.º 46). No está claro a qué divinidad se hizo el voto, puesto que las abreviaturas de la inscripción son difíciles de interpretar (Encarnação, 1975: 270 ss.; García, 1991: 527-528, n.º 602; Olivares, 2002: 82), aunque la mayor parte de los autores se inclinan por un teónimo indígena abre-

viado como *Saur (...)*. En cualquier caso, la vinculación del toro con el dios romano en la región bracarense, donde se han hallado varias inscripciones votivas dedicadas a Marte con apelativos indígenas, podría indicar que dicha relación viene dada por su asociación a una divinidad indígena relacionada con el animal. Este punto parece corroborarse por una inscripción hallada en S. Vitor (Braga) dedicada a *Mars Tarbucelis* por una familia de bataneros (Santos y otros, 1983: 192; Tranoy, 1984: 446-447). El apelativo del dios deriva del nombre céltico del toro (*Tarvos*), o bien, dado que conocemos un *castellum Tarbu [...]*, de un topónimo *Tarbucelum*, que haría referencia al animal (Albertos, 1985: 472; Olivares, 2002: 154).

Uno de los casos más confusos de relación entre una divinidad indígena hispana y el toro es el de *Vestius Aloniecus*. Son dos altares los que mencionan a este dios, procedentes de Lourizán (Pontevedra). El primero tiene fácil lectura y se halló en el lugar de la iglesia (Bouza, 1946: 110-111; Baños, 1994: 253-254, n.º 107; Olivares, 2002: 69). El segundo, procedente del mismo lugar, está más fragmentado (Bouza, *ibidem*: 111-112; Baños, *ibidem*: 255-256, n.º 108). En la parte superior de uno de los altares se representaron dos esvásticas de cuatro radios sobre otros tantos arcos de medio punto grabados. La esvástica, en contextos votivos, guarda una relación con divinidades de carácter solar (Green, 1991: 46-48).

Pero lo más interesante es que cerca del lugar donde se encontraron las inscripciones, apareció una muy probable imagen del dios al que se dedicaron las aras. La descripción de la misma es, según Bouza: «una figura humana, de medio cuerpo, vista de frente, con gran cabeza barbada, en la que se distinguen los ojos con sus cejas, nariz, boca y orejas, provista de dos cuernos puntiagudos, de una sola rama y muy abiertos. Del tronco salen los dos brazos, extendidos en cruz, y presentando abiertas las palmas de las manos» (Bouza, 1946, 14). Para

Bouza, se trata de una divinidad pre-cristiana y, por tanto, de la imagen de *Vestius*. En cualquier caso, la tosquedad de la pieza impide asegurar que los cuernos que se observan sean de toro aunque, en caso de que así fuera, las esvásticas de las aras



Fig. n.º 46.- *Fragmento de pátera, de plata y oro*, con representación de *Marte portando un escudo decorado con una cabeza de toro, procedente de la Quinta do Paiço, Carriça* (Alvarelhos, Santo Tirso) (Apud.: foto Museu Nacional de Arqueología e Etnología, Lisboa).

y las manos grandes y abiertas de la figura inducen a pensar, en principio, en una divinidad de carácter astral (Olivares, 2002: 212-214).

En este sentido hemos de recordar que, aunque aparecen en Europa diversas divinidades con cuernos de toro que denotan un carácter guerrero, hay también testimonios que indican que los cuernos de este animal pueden acompañar a otras divinidades simbolizando una intensificación de su poder. Podrían ser el caso de algunos santuarios galos como el dedicado a Mercurio en Uley (Glos) en el que, junto a algunas figuras usuales del dios, hay una con cuernos (Green, 1992: 120).

III.2. *EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE PRÁCTICAS SACRIFICIALES EN SANTUARIOS Y NECRÓPOLIS.*

La práctica de sacrificios animales está perfectamente documentada en diversos yacimientos del área céltica peninsular. Este sería el caso del hallazgo de un pequeño ovicáprido, prácticamente completo, depositado en un hoyo excavado bajo el suelo de una vivienda circular perteneciente a los inicios de la ocupación del poblado de Fuensaúco (Soria), fechada en el siglo VII a.C. (Romero y Jimeno, 1993: 208; Romero y Misiego, 1995: 132), que cabe interpretar como un ritual de fundación.

Como un depósito cultual se han interpretado dos fosos localizados en el Cerro de Santa Ana (La Rioja), cuyo relleno, en el que se individualizaron diferentes niveles, presenta materiales que abarcan desde el inicio de la Edad del Hierro hasta época romana; los fosos proporcionaron gran cantidad de fauna, en su mayoría entre ceniza, destacando los bóvidos y équidos, con la presencia de animales castrados (Liesau y Blasco 1999: 145 s.; González Blanco y otros 1985).

Igualmente interesante sería el hallazgo, en los niveles celtibéricos del Soto de Medinilla (Valladolid), de lo que se ha denominado como *conjunto-ofrenda*, que incluía cuatro cráneos y huesos largos de bóvido y numerosas astas mudadas de ciervo, pudiéndose plantear una posible interpretación ritual para el conjunto, sin des-

cartar otras alternativas como considerarlo materia prima para un taller artesanal (Morales y Liesau 1995: 458 s.).

Con todo, el mejor ejemplo de la realización de sacrificios animales lo tenemos en el Castrejón de Capote (Badajoz), poblado localizado en la Beturia Céltica (Berrocal-Rangel, 1994: 245 ss., 266 s.). Sobre un altar o en sus aledaños se identificaron los restos de unas dos docenas de animales –seis bóvidos, cinco ovicápridos, cinco suidos, dos o tres équidos, identificados como asnos, dos ciervos y dos jabalíes–, al menos seis de los cuales serían individuos jóvenes, con muestras de haber sido tratados con fuego. Los restos documentados corresponden a las partes de menor aprovechamiento cárnico: cráneos, mandíbulas y las partes inferiores de las extremidades, pertenecientes a los desechos del despiece inicial. Según las evidencias, sobre la mesa se habría procedido al descuartizamiento inicial de los animales, separando las cabezas y los extremos de los miembros locomotores para ser depositados sobre el podio, mientras que las partes de mayor aporte cárnico, como las vértebras, las paletillas o los fémures, habrían sido trasladadas a la calle central, lo que explicaría los restos faunísticos y las hogueras allí localizadas, procediéndose a su asado.

Una interesante información sobre los sacrificios animales es ofrecida por las necrópolis celtibéricas (Lorrio, 1997: 338 ss., fig. 126) dada la presencia de restos de fauna interpretados generalmente como ofrendas o evidencias del banquete funerario. En el caso de la Celtiberia los ejemplos no son muy numerosos, debido en gran medida a que este tipo de restos tan sólo han empezado a ser valorados recientemente (Cerdeño y García Huerta, 1990: 89; García-Soto, 1990: 26; Jimeno, 1996: 60; Jimeno y otros 1996: 38). El proceso de cremación al que es sometido el cadáver concierne también a las ofrendas animales que, en ocasiones, aparecen mezcladas en el interior de la urna con los restos del difunto. La gran mayoría de las especies que

forman parte de las ofrendas funerarias son animales domésticos, generalmente bóvidos y ovicápridos, sin que tampoco falte el caballo, resultando significativa, en cambio, la ausencia del cerdo, que sí se halla bien documentado en otros ámbitos funerarios, como el vacceo (Sanz, 1990: 166) o el céltico continental (Meniel, 1992: 111 ss). Mas, si la mayor parte de los restos deberían corresponder a ofrendas alimentarias, resulta significativa, por su repetición, la colocación de mandíbulas completas o de piezas dentarias sueltas pertenecientes a bóvidos, ovicápridos y équidos, interpretables quizás como depósitos simbólicos.

Ejemplos de lo dicho los tenemos en la necrópolis de Molina de Aragón, donde, en las proximidades de la tumba 2, un enterramiento femenino carente de ajuar, se halló una mandíbula completa de bóvido, perteneciente a un ejemplar joven. Un buen número de piezas dentarias y gran cantidad de pequeños fragmentos de huesos no identificados, también de bóvido, se hallaron dentro de una de las estructuras interpretadas como *ustrinum* (Cerdeño y otros 1981: 15). También en la necrópolis de Sigüenza, se localizaron dos mandíbulas completas de bóvido, una de ellas de un ejemplar muy viejo, y una costilla de cordero lechal, junto a la tumba 2, un enterramiento femenino provisto de un importante ajuar (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa, 1993: 64).

La composición de las ofrendas funerarias animales viene a coincidir, en lo que a las especies se refiere, con los datos procedentes de los lugares de habitación –con la excepción señalada del cerdo–, donde los ovicápridos, seguidos de los bóvidos, constituyen las especies dominantes, con una menor representatividad del caballo, el cerdo, el ciervo, el conejo y la liebre, el gallo, el gato y el perro, siendo frecuente la presencia de abundantes restos de aves.

Una interesante información sobre el particular ha sido ofrecida por la necrópolis vaccea de Padilla de Duero (Sanz, 1990: 166; Bellver 1995: 525), en la que las ofrendas animales

están presentes en 20 de las 65 sepulturas identificadas, sin evidencias en la mayoría de los casos de haber estado sometidas a la acción del fuego, y con una diferente representatividad en lo que a especies y número de individuos se refiere. En esta necrópolis, las especies de menores dimensiones están representadas en general por esqueletos enteros o casi completos, fácilmente transportables, mientras que los de mayores dimensiones lo están por partes de su anatomía (caderas o cuartos traseros de cerdo, pata trasera de cabra o vértebras cervicales de ovicápridos y bóvidos), no apareciendo en ningún caso el cráneo del animal o fragmentos del mismo. Como en el caso celtibérico, las sepulturas de Padilla recibirían seguramente una pequeña parte de los animales implicados en la ceremonia, pudiendo darse el caso de la sustitución del sacrificio por el aporte de ciertas partes del animal que, en el caso del cerdo, los ovicápridos y seguramente los bóvidos, se corresponden con las de mayor aporte cárnico.

IV. Conclusiones

No existen datos sobre el toro en Hispania, en las fuentes literarias, comparables a los que conocemos para el resto de la Europa céltica. Tampoco disponemos de textos mitológicos como los existentes en la céltica insular ni se han mantenido tradiciones como la ceremonia de elección de los reyes en Irlanda (*Tarbhfhess*). Aunque existen numerosas tradiciones taurinas en la Península Ibérica, muchas de ellas en el ámbito que en la Antigüedad ocupaban los pueblos célticos, es muy difícil, por el momento, encontrar una conexión directa de éstas con lo que sabemos de la religiosidad y los rituales de los celtas hispanos, a pesar de que algunas de las tradiciones como, por ejemplo, la del Toro de San Marcos, podrían ser lejanas pervivencias de antiguos rituales o fiestas de origen céltico.

Esta escasez de informaciones textuales tiene como consecuencia que para conocer la importancia del toro en la vida cotidiana y en la mentalidad de las comunidades célticas de Hispania, tengamos que recurrir a los testimonios arqueológicos. Estos tampoco son muy numerosos y, además, son parcos en información pero, sin embargo, apuntan que el toro tuvo una presencia patente en el imaginario céltico de Hispania. En este sentido, podemos afirmar que el toro tenía, en determinados contextos, un carácter sacro, puesto que se relacionaba con divinidades como el Marte indígena o, probablemente, *Vestius Aloniecus*, a los que otorgaba parte de sus atributos, que pasaban a integrarse en la imagen de la deidad. En el primer caso, el toro podía tener una significación guerrera y ser, como Marte indígena y otras divinidades equivalentes en Hispania, un icono de identidad comunitario. Hemos de tener en cuenta aquí que también en el mito irlandés del *Táin Bó Cuailnge* los dos toros que se enfrentan entre sí son un símbolo de guerra y representan, cada uno, a su comunidad simbolizando, de hecho, el propio enfrentamiento entre los ejércitos de Ulster y Connacht. En el caso de *Vestius Aloniecus*, su probable vinculación con el toro tendría un carácter astral, como muestran las esvásticas representadas en una de las aras del dios *Vestius* y sus grandes manos con los dedos abiertos en forma radial. Esta naturaleza también se evidencia en el ara taurobólica de Sos del Rey Católico, en la que se observa un disco radiado sobre la imagen del animal o en algunas estelas funerarias, como las de Hontoria de la Cantera, Gastiaín, Laguardia y las de tipo Picote, en las que aparecen esvásticas y rosetas. Es cierto, sin embargo, que el toro podría ser, en estas estelas, simplemente el animal sacrificado.

Sabemos, además, que el toro se vinculaba, entre los Celtas, con el mundo subterráneo. Ello no está testimoniado en Hispania a partir de su relación con dioses de este carácter, pero es evidente por sus numerosas representaciones en estelas fune-

rarias; por su vinculación, en algunas cerámicas numantinas, con peces y serpientes, que son animales representativos del inframundo y, además, por la presencia de sus restos en tumbas. Este significado del toro motivó, probablemente, que algunos de los llamados *verracos*, que originalmente habrían tenido una función diferente, fueran reutilizados en época romana con un fin funerario.

Paralelamente a su papel como animal sagrado vinculado a determinados dioses, el toro tuvo una gran importancia como víctima de sacrificio. Ello se manifiesta en contextos cultuales, como los relieves de toros que aparecen en aras votivas ofrecidas a divinidades indígenas, las referencias a sacrificios de bóvidos en inscripciones como las de Marecos o Cabeço das Fráguas, los bronces con escenas de sacrificio procedentes del Noroeste peninsular, donde los toros cumplen un papel principal, o los restos de bóvidos hallados en lugares de culto como el Cerro de Santa Ana (La Rioja), Soto de Medinilla (Valladolid) o Castrejón de Capote (Badajoz). Pero también aparece el toro como víctima propiciatoria en contextos funerarios, como se evidencia en numerosas estelas funerarias con relieves de bóvidos o por la aparición de sus restos en diversas necrópolis celtibéricas y vacceas.

Los perfiles generales de la significación que el toro podía adquirir en los distintos ámbitos de la vida espiritual de los Celtas hispanos se pueden evidenciar a partir de los datos disponibles. Sin embargo, es difícil profundizar más. Nos quedan por establecer los aspectos concretos de dicha significación: su papel religioso y su relación con los dioses, su participación tanto en los distintos rituales y fiestas como en los mitos. En este sentido, sólo conocemos algunas imágenes plasmadas en las cerámicas numantinas que sugieren que determinadas ceremonias y mitologías taurinas estaban muy presentes en la sociedad céltica. No sabemos, por tanto, las formas particulares que la simbología taurina adoptaba en las creencias y en los rituales de cada uno de

los *populi* hispánicos. Sin embargo, es posible establecer algunas diferencias regionales en cuanto a las manifestaciones plásticas de la misma.

La importancia de la ganadería para los celtíberos, señalada por las fuentes literarias, es confirmada por las abundantes representaciones iconográficas realizadas sobre diversos tipos de soportes, aunque sorprende la práctica ausencia de figuraciones de ovicápridos, tan sólo documentados en un morillo y una tapadera cerámica de Reillo (Lorrio 1997: fig. 104), lo que contrasta con su preponderancia en la cabaña celtibérica. Por el contrario, los animales más reproducidos son los caballos y los bóvidos, que aparecen figurados sobre diferentes tipos de soportes: fíbulas, téseras de hospitalidad, representaciones cerámicas de diverso tipo (figuras exentas, apliques o remates, vasos plásticos y pintura numantina), en una pieza broncínea de carro rematada con un doble prótomo de caballo y toro, así como en las estelas funerarias de la zona cluniense; a estas ejemplos hay que añadir las representaciones del caballo en las monedas. Por lo que respecta a las representaciones de bóvidos, su dispersión se concentra desde la Celtiberia de las fuentes clásicas hasta las tierras de Vacceos, Turmogos, Autrigones, Berones y Cántabros, confirmando las relaciones culturales, evidentes en diversos aspectos (ver Martín Valls y Esparza, 1992), entre los pueblos asentados en las altas tierras de la Meseta Oriental -principalmente el Alto Duero, con el foco de Numancia-, la margen derecha del tramo central de dicha cuenca –que engloba las tierras del Noreste de la Submeseta norte– y el territorio del Alto Ebro más próximo a la Meseta. Tales relaciones permiten considerar que las representaciones que estamos estudiando tendrían un similar sentido en este territorio, y así resulta relativamente frecuente encontrar en un mismo yacimiento toros sobre diferentes tipos de soporte, como es el caso de Numancia (con representaciones de toros en cerámica, *simpula* y fíbula), Clunia (estelas

funerarias y posible *simpulum*), Palencia (*simpula* y figuración cerámica), Sasamón (*simpulum* y tésera) o La Custodia de Viana (fíbula y tésera). Muchas de estas representaciones presentan una similar cronología, relativamente tardía, centrada en general en los dos siglos anteriores al cambio de Era, cuando no, incluso, durante la centuria siguiente, ya en época imperial romana. El carácter simbólico de estas manifestaciones no parece ofrecer duda, siendo buen ejemplo de ello las téseras de hospitalidad, las fíbulas, las estelas clunienses o las cerámicas numantinas, aunque su interpretación no siempre resulte fácil de determinar, y, en cualquier caso, no sea necesariamente coincidente. Seguramente debió de primar un valor social en las téseras de hospitalidad y, posiblemente también, en las fíbulas, elementos éstos que pueden relacionarse con el estatus de su poseedor, aunque no hay que olvidar el escaso número de los ejemplares teriomorfos en beneficio de las de caballo o jabalí, lo que quizás explicaría su completa ausencia en piezas de orfebrería. Un claro contenido simbólico relacionado con el ámbito funerario estaría presente en las estelas de Clunia, confirmado además por su asociación en uno de los ejemplares con serpientes y peces, elementos estos igualmente presentes en las cerámicas numantinas, que confirman el carácter escatológico de la representación (Salinas 1994: 514 s.). Un valor ritual debe conferirse a los *simpula,* que cabe interpretar como recipientes de libaciones, función que quedaría confirmada por su presencia en muchos casos en contextos funerarios. Finalmente, cabe defender, como ya han señalado otros autores (ver *supra*), un significado religioso para las cerámicas numantinas.

Por lo que respecta al ámbito vettón, la preponderancia de la cabaña bovina encuentra su correlato, frente a lo que ocurre en la Celtiberia, en la frecuente representación de toros en la plástica, cuya más destacada manifestación serían las esculturas conocidos como *verracos*, importancia que se pone de manifies-

to en la interpretación de tales monumentos, ya como protectores de los ganados y en general de las comunidades indígenas que los realizaron, ya como demarcadores de los pastos de mejor calidad, lo que evidenciaría la importancia de estos recursos críticos para la economía de estos pueblos eminentemente ganaderos. La dispersión geográfica de las esculturas de *verracos* se corresponde en gran medida con el territorio de los Vettones, pudiéndose considerar como una de sus manifestaciones culturales más representativas, que permiten su individualización respecto de las restantes étnias célticas peninsulares.

Por su parte, del Noroeste peninsular procede una serie de bronces que reproducen escenas sacrificiales, piezas todas ellas en cuya composición el toro –o el buey– ocupa un papel destacado, que pueden ponerse en relación con las inscripciones de Cabeço das Fráguas o Marecos, relativas a prácticas sacrificiales por parte de los Lusitanos, o las noticias de Estrabón (3, 3, 7) sobre la realización de hecatombes por los pueblos del Noroeste peninsular. Con tales piezas broncíneas cabe relacionar el mango de cuchillo del Museo de Palencia o la figura de guerrero de Sanchorreja, quizás perteneciente a uno de estos objetos, poniendo de manifiesto las relaciones de las tierras de la Meseta Occidental con el mundo lusitano-galaico, confirmadas igualmente en la distribución de las llamadas *saunas castreñas*, propias del Noroeste, que han sido relacionados con prácticas rituales iniciáticas (Almagro-Gorbea y Álvarez-Sánchis, 1993) o los *altares rupestres*, especialmente abundantes en el Occidente peninsular (Almagro-Gorbea y Jiménez, 2000: fig. 16), elementos ambos también documentados entre los Vettones, como confirma el caso del *oppidum* de Ulaca (Ávila). Igualmente, algunas manifestaciones escultóricas relacionadas con la estatuaria zoomorfa en piedra, como las cabezas zoomorfas exentas, fechadas ya en época romana, resultan comunes a ambos territorios.

Todas las evidencias señaladas vienen a confirmar el papel destacado del toro en el territorio del centro y el occidente peninsular, tanto a nivel puramente económico, como ritual y simbólico. Al mismo tiempo, vienen a confirmar la diferente relevancia del toro en lo que respecta a la plástica céltica peninsular, que permiten individualizar dos grandes ámbitos culturales: el ámbito celtibérico-vacceo, englobando las zonas del Alto Duero y el Alto Ebro más próximas, y el ámbito vettón-galaico-lusitano, en el que podríamos englobar de forma genérica el cuadrante noroccidental de la Península Ibérica.

BIBLIOGRAFÍA

Abásolo, J. A. (1974): *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos.

Albertos, M. L. (1985): "A propósito de algunas divinidades lusitanas (Arantius Ocelaecus, Arantia Ocelaeca) y el elemento *ocelum*", *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, págs. 469-494.

Almagro Basch, M. (1982): "Tres téseras celtibéricas de bronce de la región de Segóbriga, Saelices (Cuenca)", *Homenaje a C. Fernández Chicarro*, Madrid, págs. 195-210.

Almagro-Gorbea, M. (1991): "I Celti della penisola iberica", en Moscati, S. (coord.), *I Celti*, Milan, págs. 386-405.

_______(2003): *Catálogo de Epigrafía Prerromana,* Real Academia de la Historia, Madrid.

_______(en prensa): *Catálogo de Antigüedades Españolas. Prehistoria y Protohistoria,* Madrid. Real Academia de la Historia.

Almagro-Gorbea, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (1993): "La *Sauna* de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1, págs. 177-253.

Almagro-Gorbea, M. y Jiménez, J. (2000): "Un altar rupestre en el prado de Lácara (Mérida). Apunte para la creación de un parque arqueológico", *El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo), Extremadura Arqueológica* VIII, Mérida, págs. 423-442.

Almagro-Gorbea, M. y Lorrio, A. J. (1992): "Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica", *II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989)*, tomo I, Soria, págs. 409-451.

_______(1993): "La tête humaine dans l'art celtique de la Péninsule Ibérique", en J. Briard y A. Duval (dirs.), *Les repré-*

sentations humaines du Néolithique à l'âge du Fer. Actes du 115ème Congrès National des Sociétés Savantes (Avignon 1990), París, págs. 219-237.

Almagro-Gorbea, M. y Torres, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, Excma. Diputación de Zaragoza.

Alonso, P. y Benito, J. E. (1991-1992): "Figuras zoomorfas de barro de la Edad del Hierro en la Meseta Norte", *Zephyrus* XLIV-XLV, págs. 525-536.

Álvarez-Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones*, Biblioteca Archaeologica Hispana 1, Madrid. Real Academia de la Historia.

_______(2003): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia.* Madrid, Akal Arqueología.

Amo, M. del (1992): "Una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología,* LVIII, págs. 169-211.

Argente, J. L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, Excavaciones Arqueológicas en España 168, Madrid.

Armada, X.-L.y García, O. (2003): "Bronces con motivos de sacrificio del área noroccidental de la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología* 76, págs. 47-75.

Baños, G. (1994): *Corpus de inscripciones romanas de Galicia II. Pontevedra*, Santiago de Compostela.

Barril, M.ª M. (1990): "Dos imitaciones de Kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia,* Palencia, págs. 327-345.

Beltrán, M. (1975-76): "Aportaciones a la epigrafía y arqueología romana de Cáceres", *Caesaraugusta* 39-40, págs. 76-96.

Bellver Garrido, J. A. (1995): "La necrópolis bachea de "Las Ruedas", Padilla del Duero (Valladolid): Una aproximación arqueozoológica", en Delibes, G., Romero, F. y Morales, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer Milenio a.C. en el Duero Medio,* Valladolid, págs. 515-527.

Berrocal, L. (1994): *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular,* Excavaciones Arqueológicas en Capote (Beturia Céltica) II, Madrid.

Blanco, A. (1957): "Exvoto con escena de sacrificio", *Revista de Guimarães* 67, págs. 499-516.

Blázquez, J. M. (1962): *Religiones primitivas de Hispania I. Fuentes literarias y epigráficas,* Madrid.

_______(1970): "Culto al toro y culto a Marte en Lusitania", *Actas II CNA,* págs. 365-368.

_______(1975): *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania,* Madrid.

_______(1977): *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas,* Madrid.

_______(1978): *Economía de la Hispania romana,* Bilbao, Ed. Nájera,

_______(1983): *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas,* Madrid.

Bouza, F. (1946): "Vestio Alonieco, nueva deidad galaica", *AEA* 19, págs. 110-116.

Búa, C. (1999): "Hipótesis para algunas inscripciones rupestres del occidente peninsular", en F. Villar y F. Beltrán eds.: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana.* Salamanca, págs. 309-327.

Cabré, J. (1916): "Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche", *Arte Español,* s.n.: 1-20.

Cabré, J.; Cabré, M. E. y Molinero, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra,* (*Acta Archaeologica Hispana* V), Madrid.

Canto, A. (1997): "La tierra del toro. Ensayo de identificación de ciudades vasconas", *AEA* 70, págs. 31-70.

Cardozo, M. (1985) [1935]: *Catálogo do Museu de Arqueología da Sociedade Martins Sarmento I. Secçao lapidar e de escultura*, Guimarães.

Caro Baroja, J. (1946): *Los pueblos de España*, Barcelona.

Castellano, A. y Gimeno, H. (1999): "Tres documentos de *hospitium* inéditos", en F. Villar y F. Beltrán eds.: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana.* Salamanca, págs. 361-374.

Castillo, C., Gómez-Pantoja, J. y Mauleón, M. D. (1981): *Inscripciones romanas del Museo de Navarra*, Pamplona.

Cerdeño, M. L. y Cabanes, E. (1994): "El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 51, n.º 2, págs. 103-119.

_______y García Huerta, R. (1990): "Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto Tajo", en Burillo, F. (coord.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, págs. 75-92.

_______y Paz, M. de (1981): "La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de Urnas en el Este de la Meseta", *Wad-Al-Hayara* 8, págs. 9-84.

_______ y Pérez de Ynestrosa, J. L. (1993): *La Necrópolis Celtibérica de Sigüenza: Revisión del conjunto*, Monografías Arqueológicas del S.A.E.T. 6, Teruel.

CIL: Corpus Inscriptionumlatinarum, Berlín.

Collingwood, R. G. y Wright, R. P. (1965): *The Roman Inscriptions of Britain I. Inscriptions on Stone*, Oxford.

Delgado, C. (1996): *El toro en el Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*, Madrid.

Dessau, H. (1962): Inscriptiones Latinae Selectae, Berlín.

Duval, P. M. (1989): *Travaux sur la Gaule (1946-1986)*, Roma.

Elorza, J. C. (1970): "Estelas romanas en la provincia de Alava", *EAA* 4, págs. 234-250.

Encarnação, J. (1975): *Divindades indigenas sob o dominio romano en Portugal*, Lisboa.

Esparza, A. y Larrazabal, J. (2000): "El castro de La Mazada (Zamora): elementos metálicos y contexto peninsular", *3.º Congresso de Arqueología Peninsular. Vol 5. Proto-História da Península Ibérica*, Oporto, págs. 433-475.

Esperandieu, E. (1918): Recueil general des bas-reliefs de la Gaule romaine, vol. VII, París.

Evans, D. (1967): *Gaulish personal names. A study of some continental celtic formations*, Oxford.

Galán, E. (1989-90): "Naturaleza y cultura en el mundo celtibérico", *Kalathos* 9-10, págs. 175-204.

García, J. M. (1991): *Religiões antigas de Portugal. Aditamentos e observações as "Religiões da Lusitania" de J. Leite de Vasconcelos*, Lisboa.

García y Bellido, A. (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*, Burgos.

García Merino, C. (1992): "Cerámica pintada con decoración plástica de Uxama", *II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989)*, tomo II, Soria, págs. 851-864.

García Quintela, M. V. (1992): "El sacrificio lusitano: estudio comparativo", *Latomus* 51, 2, págs. 337-354.

García-Soto, E. (1990): "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero", en Burillo, F. (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, págs. 13-38.

González Blanco, A., Morales, A. y de Miguel Agreda, J. (1985): "Los Fosos del yacimiento de Santa Ana (Entrena, La Rioja), ¿Un quemadero de ofrendas?", *XVII congreso Nacional de Arqueología* (Logroño, septiembre 1983), Zaragoza, págs. 435-449.

Green, M. (1986): *The gods of the Celts*, Gloucester.

_______(1991): *The sun-gods of ancient Europe*, Londres.

_______(1992): *Dictionary of celtic myth and legend*, Londres.

Hatt, J. J. (1989): *Mythes et dieux de la Gaule 1. Les grandes divinités masculines*, París.

Hoz, J. de (1986): "La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania", *Manifestaciones religiosas en Lusitania*, Cáceres, págs. 31-49.

Jimeno, A. (1996): "Numancia: Relación necrópolis-poblado", *Archivo Español de Arqueología* 69, págs. 57-76.

_______y Fernández, J. J. (1990): "Numancia", en J. L. Argente, coord., *Museo Numantino. Guía del Museo*, Soria, Junta de Castilla y León, págs. 135-175.

_______; Trancho, G. J.; Morales, F.; Robledo, B. y López-Bueis, I. (1996): "Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis celtibérica de Numancia", *Numantia* 6, págs. 31-44.

Labeaga, J. C. (1989): "Algunas fíbulas zoomorfas del poblado de La Custodia, Viana (Navarra), *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Zaragoza, págs. 645-658.

Lambrechts, P. (1942): *Contributions à l´étude des divinités celtiques*, Brujas.

Le Roux, P. (1994): "Cultes indigènes et religion romaine en Hispanie sous l'Empire", en *L'Afrique, la Gaule, la religion à l'époque romaine. (Melanges M. Le Glay)*, Bruselas, págs. 560-567.

Le Roux, P. y A. Tranoy (1974): "Contribution a l´etude des regions rurales del Nor-ouest hispanique au Haut-Empire: deux inscriptions de Penafiel", *III Congresso Nacional de Arqueología* (vol. 1), Oporto, págs. 249-257.

Liesau von Lettow-Vorbeck, C. y Blasco Bosqued, C. (1999): "Ganadería y aprovechamiento animal", en Burillo, F. (coord.): *IV Simposio sobre celtíberos. Economía,* (Daroca, 1997), Zaragoza, ed. Institución "Fernando El Católico", págs. 119-147..

Lión, C. (1987): "Copas de anillas en la provincia de Palencia", *PITTM,* 56, págs. 15-30.

Lorrio, A. J. (1997): *Los Celtíberos*, Complutum Extra 7, Alicante.

MacCana, P. (1983) [1968]: *Celtic mythology*, Feltham.

Maluquer de Motes, J. (1952): "Una figurita de guerrero, con espada al hombro, procedente del castro del Cerro del Berrueco (Salamanca)", *Revista de Guimarães*, 62 (3-4), págs. 233-243.

Mangas, J. y Vidal, J. (1987): "Nuevas inscripciones romanas de la provincia de León", *MHA* 8, págs. 191-199.

Marco, F. (1978): *Las estelas decoradas de tradición indígena en los Conventos Caesaraugustano y Cluniense*, (*Caesaraugusta*, 43-44), Zaragoza.

_______(1993): "La religiosidad en la Céltica hispana", en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, págs. 477-512

_______(1994): "La religión indígena en la Hispania indoeuropea", en *Historia de las religiones de la Europa Antigua.* Madrid, págs. 313-400.

Martín Valls, R. (1990): "Los *simpula* celtibéricos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVI, págs. 144-169.

_______y Esparza, A. (1992): "Génesis y evolución de la cultura celtibérica", en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum 2-3, Madrid, págs. 259-279.

_______y Pérez Herrero, E. (1976): "Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLII, págs. 67-88.

Meniel, P. (1992): *Les sacrifices d'animaux chez les gaulois*, París.

Morales Muñiz, A. y Liesau von Lettow-Vorbeck, C. (1995): "Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el

valle Medio del Duero (prov. de Valladolid) durante la Edad del Hierro", en Delibes, G., Romero, F. y Morales, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer Milenio a.C. en el Duero Medio,* Valladolid, págs. 455-514.

Nesselhauf, H. y Lieb, H. (1959): "Dritter Nachtrag zu CIL XIII. Inschriften aus den germanischen Provinzen und dem Treverergebiet", *BRGK* 40, págs. 120-229.

Olivares Pedreño, J. C. (2002): *Los dioses de la Hispania Céltica*, Madrid.

Olmsted, G. S. (1994): *The Gods of the Celts and the indo-europeans*, Budapest.

Osuna, M. (1975): "Poblamiento primitivo de la provincia de Cuenca (Paleolítico a romanización)", *Cuenca* 7, págs. 13-25.

Palol, P. de y Vilella, J. (1987): "Clunia II. La epigrafía de Clunia", *Excavaciones Arqueológicas en España* 150, Madrid.

Peralta, E. (2000); *Los Cántabros antes de Roma*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 5, Madrid, Real Academia de la Historia.

Pinho, J. (1928): "A ara de Marecos", *Penha Fidelis* 5, págs. 95-97 y 7, págs. 124-127.

Prosper, B. M.ª (2002): *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*, Salamanca.

Reinach, S. (1908 y 1913): *Cultes, Mythes et Religions* (tomos I y III). París.

Romero, F. (1976): *Las cerámicas polícromas de Numancia*, Valladolid.

_______(1992): "Las cerámicas con decoración polícroma", en Jimeno, A, ed., *Las cerámicas de Numancia*, Arevacon 17, Soria, págs. 13-19.

_______y Jimeno, A. (1993): "El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro", en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, págs. 175-222.

_______y Misiego, J. C. (1995): "Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero. El Castillejo (Fuensaúco, Soria)", en Burillo, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1991)*, Zaragoza, págs. 127-139.

Ross, A. (1986) [1970]: *The pagan Celts*, Londres.

Ruiz-Gálvez, M. (1985-86): "El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la *Arqueología Social*". *Kalathos* 56, págs. 71-106.

Salinas, M. (1994): "El toro, los peces y la serpiente: Algunas reflexiones sobre iconografía y la religión de los Celtíberos en su contexto histórico", en Mangas, J. y Alvar, J. (eds.), *Homenaje a J. M. Blázquez*, tomo II, Madrid, págs. 509-519.

Santos, L., P. Le Roux y A. Tranoy (1983): "Inscriçoes romanas do Museu Pio XII em Braga", *Bracara Augusta* 37, págs. 183-305.

Sanz, C. (1990): "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", en Burillo, F. (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, págs. 159-170.

_______(1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León 6, Salamanca.

Schüle, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen 3, Berlín.

Silva, A.C.F. da (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreria.

_______(2001): "Los pueblos lusitano-galaicos", en M. Almagro-Gorbea *et al.* (ed.), *Celtas y Vettones*, Ávila, págs. 335-349.

Taracena, B. (1925): "Arte Ibérico. Los vasos y las figuras de barro de Numancia", *IPEK*, págs. 75-93.

_______y Vázquez de Parga, L. (1946): "Excavaciones en Navarra", *PV* 25, págs. 413-469.

Tesoros de la Edad Oculta (2002): Catálogo de la Exposición, Bancaja, Valencia.

Thévenot, E. (1968): *Divinités et sanctuaires de la Gaule*, París.

Tovar, A. (1985): La inscripción del Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos, *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980)*, Salamanca, págs. 227-253.

Torres Martínez, J. (2003): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I. Agricultura, ganadería y recursos naturales,* A Coruña, Ed. Toxosoutos, serie Keltia.

Tranoy, A. (1981): *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule ibérique dans l'Antiquité*, París.

_______(1984): "Enigmes epigráphiques et nouveaux cultes indigènes dans le conventus de Braga", *Revista de Guimarães* 94, págs. 443-449.

Untermann, J. (1997): *Monumenta Linguarum Hispanicarum. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschiften,* Wiesbaden.

Uranga, J. E. (1966): "El culto al toro en Navarra y Aragón", *IV SPP*, Pamplona, págs. 223-231.

Vasconcelos, J. L. (1905 y 1913): *Religioes da Lusitania* II y III, Lisboa.

Vries, J. de (1963): *La religion des celtes.* París.

Wattenberg, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana IV, Madrid.

Webster, G. (1986): *The British Celts and their gods under Rome*, Londres.